

Ministerio **ADVENTISTA**

◆ Una estrategia para hacer discípulos

◆ ¿Tormento eterno o destrucción eterna?

Mayo - Junio 2000

The image features a silhouette of a church bell tower against a sunset sky. The tower has a central archway with a bell hanging inside, and two smaller archways at the base, each also containing a bell. A cross is mounted on top of the tower. The sky is a mix of orange, yellow, and purple, with some clouds. The overall mood is serene and contemplative.

Un modelo de culto

Ministerio ADVENTISTA

Contenido

- 2 **Las facetas de la adoración**
Zinaldo A. Santos
- 3 **Heroínas casi anónimas**
Zinaldo A. Santos
- 6 **La preservación de la familia del pastor**
José Carlos Ebling
- 8 **Contactos peligrosos**
Philip Hiroshima
- 10 **El año 2000 y el milenio**
George W. Reid
- 13 **Una estrategia para hacer discípulos**
Rafael Luis Monteiro
- 17 **¿Tormento eterno o destrucción eterna?**
Samuele Bacchiocchi
- 21 **Un modelo de culto**
Horne P. Silva
- 27 **Cierre la puerta de atrás**
René Sand
- 31 **La "élite" de los fieles**
José Cándido Bessa Filho

Director:
Werner Mayr

Traductor:
Gastón Clouzet

Consejeros:
Alejandro Bullón
José Viana

Diagramador:
Ivonne Lechner

Año 48 - N° 283 / MAYO-JUNIO 2000

FOTO DE TAPA: COREL STOCK PHOTO

MINISTERIO ADVENTISTA es una publicación de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana de la IASD; editada bimestralmente por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa mediante el sistema offset en los talleres

EDITORIAL

Las facetas de la adoración

“Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir. Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos...” (Apoc. 4: 8-10).

Esta explosión de alabanza por parte de los seres celestiales dice mucho en cuanto a nuestro deber de adorar a Dios. En efecto, la Biblia nos invita a eso. Salmo 95:6; 96:9 y Apocalipsis 14:7 son sólo algunos de los pasajes que nos inducen a la adoración.

Los expertos en el idioma definen la adoración como “el acto de reverenciar a un ser dándole la honra máxima, considerándolo divino; reverenciar y honrar a Dios con el culto religioso que se le debe”. En otras palabras, la adoración es un acto en el cual toman parte una persona que la ofrece y otra que la recibe. El hombre reverencia a Dios mediante una ceremonia religiosa que él solamente merece; no se trata sólo de liturgia ni de formalismo, sino de una experiencia viviente.

De acuerdo con V. C. Campbell, “la adoración es el corazón de la vida y la obra de una iglesia; constituye el principal recurso y la inspiración sobre la cual se proyecta todo su programa. En ella Dios se vuelve real, y los valores de su reino pasan a ser supremos. Por consiguiente, la calidad de la adoración influirá, más que cualquier otra cosa, sobre el desarrollo y el ambiente espiritual de la iglesia”. W. T. Conner dice que “el primer deber de la iglesia no es la evangelización, las misiones o la beneficencia, sino la adoración”.

Podemos considerar que la adoración es una manera de relacionarse. Por su intermedio el espíritu se vincula con su Creador, y sirve de nexo comunitario entre él y la criatura, y une con lazos estrechos lo finito con lo infinito. La verdadera adoración también es reconocimiento. Por medio de ella se obtiene un concepto correcto de lo que es y representa Dios. De este modo se lo reverencia

y se lo venera en alto grado por su santidad, dignidad, majestad y poder. Se lo exalta, honra y enaltece por ser “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo” (Isa. 57:15). De este modo llegamos a entender con Juan que él es digno de “recibir... la gloria, la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apoc. 4:11).

La adoración es además compañerismo, en el sentido de esa comunión amigable que se entabla con Dios en nombre de su Hijo Jesucristo y mediante el poder y la obra del Espíritu Santo en el corazón. Santiago Crane afirma que “la adoración cristiana es esencialmente la comunión del alma redimida con Dios en Cristo. Es la respuesta sensible e inteligente que esa alma da a la revelación que el Padre hace por medio del Hijo y del Espíritu Santo”. Ese compañerismo implica lealtad, devoción, amor y fervor religioso, manifestados con prontitud y espontaneidad. Es una combinación de respeto y amor. Dios como Creador inspira respeto. Dios como Amigo inspira amor. Así lo adoramos en espíritu y en verdad.

Finalmente, la verdadera adoración es servicio. Su propósito principal no es sólo hacer del hombre un receptor de las bendiciones de Dios, sino inducirlo a rendirle tributo. El hombre debe ofrecer sus dones al Creador con fe sincera y obediencia total. El pastor y su congregación deben ofrecer “sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Ped. 2:5). Por eso le ofrecemos nuestra vida junto con nuestro intelecto, nuestros sentimientos, nuestras actitudes y nuestras posesiones. La expresión más elevada del servicio como adoración es la entrega del ser. La presentación de nuestro cuerpo “en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Rom. 12:1).

La verdadera adoración no está completa con la entrega de nuestra vida al Señor, puesto que implica también una dedicación al servicio de nuestros semejantes. La congregación que adora como se debe se convierte en una gran red lanzada al inmenso mar de la humanidad. Sus resultados se revelan con toda claridad en los miembros de la iglesia, en su relación mutua y con el mundo. Como lo dice Santiago Black: “La iglesia que obra debe ser la iglesia que trabaja. El culto sólo se perfecciona mediante el trabajo”. —Zinaldo A. Santos

gráficos de la ACES, Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico:
aces@aces.satlink.net

—21050—

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL N° 10012	CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) y Central (B)
PRINTED IN ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 10272

Heroínas casi anónimas

Zinaldo A. Santos

Zinaldo A. Santos es editor asociado de la Revista Adventista, edición portuguesa.

Desempeñan un papel fundamental en las vidas de sus respectivos esposos. Su manera de trabajar varía de acuerdo con la personalidad y los dones recibidos. Algunas se notan más; otras no tanto. Todas, sin embargo, son leales y eficientes compañeras, responsables de una gran parte del éxito de su esposo. Generalmente ellos reciben todo el crédito, pero ellas también se destacan como consejeras, evangelistas, mujeres de oración y misioneras en el más importante de los campos: el hogar. Encarnan a la perfección el repetido adagio según el cual "detrás de cada gran hombre hay siempre una gran mujer".

Merecen realmente mayor reconocimiento. Indiferentes a eso, sin embargo, siguen siendo diligentes, fieles a la vocación para la cual fueron llamadas por Dios, seguras de que el premio más notable lo recibirán de las manos de su Señor y Maestro. Con el fin de oír algo más con respecto a las esposas de los pastores, sus luchas, sus expectativas y su misión, *Ministerio Adventista* entrevistó en Foz de Iguazú a la Sra. Sharon Cress, líder mundial del área femenina de la Asociación Ministerial, es decir, AFAM.

A continuación transcribimos los principales acápites de esta entrevista:

Ministerio: ¿Cómo se originó AFAM?

Sharon Cress: En 1940 algunas esposas de pastores comenzaron a escribir artículos acerca de su papel en la iglesia. Y durante cuarenta años lo siguieron ha-

ciendo, hasta que en 1980 los dirigentes de la iglesia decidieron oficializar un departamento que atendiera las necesidades de las esposas de los pastores. Mary Spangler, la esposa del pastor Robert Spangler, fue la primera coordinadora mundial de AFAM, y trabajó en las oficinas de la Asociación General durante medio período. Fue reemplazada, después que su esposo cumplió su mandato como secretario ministerial, por Ellen Brezee, esposa del pastor Floyd Brezee, y su período de trabajo fue integral. Hoy AFAM es un servicio cada vez más reconocido por la iglesia.

M: ¿Cuáles son los principales objetivos de AFAM?

SC: AFAM tiene como propósito fundamental atender a las esposas de los pastores, ayudándolas a entender los valores de la iglesia y a desempeñar con eficiencia sus funciones en el contexto de la tarea ministerial.

M: ¿Qué relación existe entre AFAM y el Ministerio de la Mujer?

SC: Los dos servicios atienden a dos grupos diferentes de mujeres. En verdad, actualmente existen tres grupos diferentes en la iglesia: las capellanas, atendidas por la Asociación Ministerial; las obreras voluntarias, a quienes ayuda el Ministerio de la Mujer y las esposas de pastores, administradores, directores de departamentos, estudiantes de Teología, profesores de Teología, viudas y jubiladas, a quienes atiende AFAM. En cuanto a su funcionamiento, estos servicios no se vinculan entre sí debido a que actúan en diferentes áreas.

M: ¿Qué significa para usted ser esposa de pastor?

SC: Es probable que cada mujer reaccione de forma diferente al respecto; pero considero que es un gran privilegio participar en la causa de Dios. Si él lla-

ma al esposo, lógicamente ese llamado se extiende a la esposa. Por lo tanto, el Señor tiene un lugar especial en su obra para la esposa del pastor.

M: ¿Cuáles son, según su parecer, los mayores desafíos que enfrentan actualmente las esposas de los pastores?

SC: Creo que el mayor desafío es la expectativa del campo y de la congregación. Todos esperan mucho de la esposa del pastor, aunque no sea obrera de tiempo completo. Pero creo que debe considerar en primer lugar lo que Dios espera de ella. El Señor le dio talentos a cada esposa de pastor, y ella los puede usar para colaborar en el crecimiento de la iglesia. No necesita deprimirse por la evaluación a que la sometan los hombres. Debe estar consciente, en cambio, de las habilidades que le dio Dios para usarlas y estar en paz con el Altísimo.

M: Hemos notado que la mayor parte de los discursos y las publicaciones dedicadas a las esposas de los pastores se refieren a la estima propia. ¿Será que una de las características del grupo sea un bajo concepto de sí mismas?

SC: Lo que se espera de la esposa del pastor y de la mujer adventista en general puede producir una baja estima propia. Si la iglesia espera y hasta insiste en que yo debo ser una gran oradora, por ejemplo, y no tengo ese don, ciertamente voy a comenzar a pensar que hay alguna deficiencia en mí, cuando en realidad se trata de un don que no recibí. Y ya se sabe que Dios no le da todos los dones a la misma persona. Tal vez él me capacitó para atender a los niños o para colaborar con la música, pero la gente espera que yo me dedique a la evangelización. Al sufrir esas presiones, terminé preguntándome qué soy o qué

no soy, qué sé y qué no sé. Y en esas circunstancias la estima propia ciertamente puede menguar.

M: ¿Debe aceptar cargos en la conducción de la iglesia la esposa del pastor?

SC: Algunas congregaciones están más abiertas al hecho de que la esposa del pastor debe tener una actuación más visible. Otras no piensan de la misma manera. Y esto también depende de la esposa del pastor. ¿Se siente bien desempeñando un determinado cargo? ¿Le parece que debe ocupar un puesto sólo por que es la esposa del pastor? Pero tampoco es justo excluirla sólo porque lo es.

M: En algunos lugares le resulta difícil a la gente aceptar que la esposa del pastor trabaje fuera de casa. ¿De qué manera puede ella encarar esta situación?

SC: La Sra. White dice que la esposa del pastor, que trabaja lado a lado con él, debe recibir salario. "Estas mujeres dan todo su tiempo y no reciben nada por su trabajo, porque sus esposos reciben salario. Esa decisión se debe revisar. La Palabra del Señor dice que 'digno es el obrero de su salario'. Mientras no se tome una decisión al respecto, protesto en nombre del Señor... Sé que esas fieles mujeres deben recibir salario en proporción a lo que reciben los ministros. Llevan el peso de las almas. Y no se las debe tratar injustamente" (*Manuscrito* 5:29). Note que ella no dice que eso tal vez se debería hacer; es mucho más definida. Si no se le paga por trabajar al lado de su marido, nadie tiene derecho de criticarla porque trabaja fuera de casa en una ocupación honrosa. Por supuesto, estoy pensando en una tarea cristiana, que la edifique y que por medio de ella pueda edificar también a los demás.

M: ¿Qué inversión se ha hecho para lograr el crecimiento intelectual de las esposas de los pastores?

SC: Es evidente que tenemos que valorizar más a las esposas de los pastores en todos los aspectos, y eso requiere más actividades prácticas. Le damos muy poco o ningún entrenamiento especial, y de repente esperamos todo de ella, como si estuviera obligada a ser especialista en todo. Me gustó la palabra que usó usted: "Inversión". Porque gastamos dinero en muchas cosas, sin que

eso represente una inversión. Cuando empleamos dinero en favor de la esposa del pastor podemos estar seguros, como iglesia, de que estamos haciendo una inversión cuyos frutos se cosecharán tarde o temprano.

M: A veces los traslados son momentos críticos para la esposa del pastor y otros miembros de la familia. ¿Se la debería escuchar en esas circunstancias?

SC: Es obvio que en cada familia alguien debe decir la última palabra y tomar la decisión final respecto de algún asunto. Me parece que la esposa y su marido deben conversar y orar, y decidir cuáles son las prioridades. Después de eso deben compartir sus sentimientos y preocupaciones, si las hubiere, con los dirigentes del campo. Si fueran de peso, es una cuestión de bondad y amor cristiano tomarlos en cuenta. Muchas veces hay cuestiones complicadas, relacionadas con el trabajo de la esposa o la educación de los hijos. Ciertamente es mejor considerar el tema de los hijos y de la posibilidad de que reciban una educación cristiana, que explayarse en los adultos que no tienen ese problema. Hay algo, sin embargo, que no debemos olvidar: Dios está controlando todo. Él dirige la obra, guía y orienta las decisiones que necesitamos tomar, estará con nosotros en cualquier lugar y en cualquier función. No necesitamos temer. Lo que debemos hacer es estar en comunión con él para poder discernir su voluntad en nuestra vida.

M: ¿Cómo considera usted la participación femenina en la misión de la iglesia?

SC: Las mujeres están muy activas hoy, en la mayor parte del mundo. No veo que haya discriminación en la participación de las esposas de los pastores, como tal vez la hubo hace cincuenta años. Las cosas han cambiado. Siempre que se habla de la situación de la esposa del pastor, me acuerdo de que Elena de White fue una esposa de pastor especialmente dotada por Dios y muy activa en la causa. Al comparar la visión cultural de sus días con la nuestra, ella es el mayor ejemplo de que la esposa del pastor puede hacer mucho en favor de la misión de la iglesia.

M: ¿Cómo pueden ayudar a la esposa del pastor la iglesia local, el es-

poso pastor y la iglesia como institución, de modo que se sienta respaldada, realizada y feliz en el desempeño de su papel?

SC: Me parece que una de las maneras de lograr esto es precisamente lo que hace la División Sudamericana al llevar a cabo concilios con la presencia de las esposas, invitando a participar a personas capaces de nutrir las y orientarlas bien. En esas ocasiones ellas pueden intercambiar ideas, entender los problemas y percibir las soluciones. Eso constituye una base para servir las mejor. La iglesia local las puede aceptar como consejeras y amigas, y entenderlas, respetarlas y amarlas como personas. Del esposo pastor basta decir que la debe amar "así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella". Eso implica todo lo que él debe hacer.

M: ¿Qué opina usted acerca de la ordenación de las mujeres al ministerio pastoral?

SC: Personalmente me gustaría que se le diera más reconocimiento a la mujer en el contexto ministerial. Antes de llegar a la Asociación General como coordinadora de AFAM, yo trabajaba normalmente en la iglesia y para la iglesia. Antes y ahora la ordenación no habría producido la menor diferencia en mi participación. Seguiré trabajando con la misma asiduidad con que siempre lo hice. Sé que Dios sabe cuáles son mis intenciones, mis propósitos y mi trabajo, y a él le corresponde otorgar el reconocimiento. Creo que en general las esposas de los pastores sienten lo mismo. Seguirán trabajando con dedicación, porque sienten el llamado de Dios, estén ordenadas o no. Lo más gratificante para mí es saber que el hecho de no ser ordenada al ministerio jamás desanimó a ninguna esposa de pastor en la realización de su trabajo.

M: ¿Qué consejo le daría usted a una esposa de pastor que por alguna razón esté siendo objeto de críticas?

SC: No importa qué hacía Jesús, siempre había alguien que lo criticaba. Y hasta creo que muchos miembros de iglesia valorizan como corresponde a la esposa del pastor. Pero siempre hay individuos que critican todo. Si la esposa del pastor hace algo, dicen que se quiere hacer ver y que manda al marido. Si es discreta, dicen que es incapaz. Si se viste

con sencillez, dicen que es desaliñada. Si cuida bien de su apariencia, es vanidosa. Es una situación realmente difícil. Felizmente los que le dan apoyo como persona y como sierva de Dios son muchos más que los que critican. Es muy bueno que la esposa del pastor encuentre a alguien que la valore. Pero creo que debe enfrentar la crítica, primero mirando a Jesús, cuyo ejemplo acabo de citar. Él es nuestro modelo en todo. Y debemos seguirlo por donde vaya. También puede contar con el apoyo del esposo, el confidente más importante que tiene en la Tierra. Él sabrá oír, entender y fortalecer. Sin duda hay también una amiga, esposa de pastor, con quien puede orar y conversar. Tenga la seguridad de que le crítica nunca se terminará aquí en la Tierra, pero es posible enfrentarla con calma y sin desanimarse.

M: ¿Qué es, según su manera de ver, lo que más amenaza a la familia del pastor?

SC: Creo que una de esas amenazas es de naturaleza financiera. Observe: el pastor vive 24 horas por día tratando con la gente y sus problemas. La mayor parte de los profesionales que desarrollan ese tipo de trabajo son médicos, psiquiatras, hombres de negocios, etc. Y la recompensa financiera de estas personas es muy alta: ganan mucho dinero. Sus familias se sienten materialmente bien, la esposa no necesita trabajar fuera de casa para colaborar con el presupuesto de la familia; algunas tienen empleados a su disposición dentro de la misma casa; pueden comprar lo que quieran. El enemigo se puede aprovechar de esa situación, induciendo a la esposa del pastor a hacer comparaciones inapropiadas. Su marido trabaja sin horario fijo, se implica en los problemas de los demás, a veces invirtiendo demasiado tiempo, que debería dedicar a la familia, y la recompensa financiera es insuficiente para satisfacer de manera adecuada todas las necesidades de la familia. Si no hay una convicción muy fuerte acerca del llamado de Dios, si no existe un sagrado sentido de misión, y de compromiso con Dios, sin duda habrá dificultades en ese aspecto.

M: Según usted, entonces, ¿la cuestión financiera es la única y

gran amenaza para la familia del pastor?

SC: No es la única, pero podría ser la raíz de todos los demás problemas que surjan. Por ejemplo, en ese contexto, la esposa y el esposo tienen preocupaciones diferentes. El esposo tiene la convicción del llamado de Dios, pero la esposa cuestiona la recompensa de su trabajo. Cansada de estar en casa supuestamente pasando necesidades, sale a buscar trabajo afuera. Los intereses llegan a ser diferentes, hasta que un día el uno contempla al otro y dice: ¿Dónde está la felicidad en todo esto? Si esa situación se produce en cualquier familia de la congregación, ya es bastante triste. Si pasa en el seno de la familia del pastor, adquiere ribetes de tragedia, porque afecta a toda la iglesia.

M: ¿Qué le sugeriría usted a un pastor para desarrollar un programa de trabajo que no le produzca carencias a la familia?

SC: Darle a cada cosa su prioridad. Y creo que la familia es prioridad, especialmente si el pastor tiene hijos pequeños. Cuando ya están crecidos, en edad escolar y hasta se encuentran en un internado, el pastor se puede dedicar un poco más a la evangelización, pero sin olvidarse de ellos, por cierto. De nuevo me acuerdo aquí que los dirigentes del campo deben ser más sensibles a la situación del pastor. Las ciudades, los pueblos y los caseríos necesitan que se los evangelice; hay que construir templos también. Son grandes proyectos para los cuales posiblemente se podría cargar a hombres que no tengan hijos pequeños. El mismo pastor necesita que se lo instruya para que programe sus actividades de manera que disponga de tiempo con el fin de estar con la esposa y con los hijos. Lo menos que se puede esperar de un pastor es que organice sus actividades. Puede haber imprevistos; ciertamente lo son, y la familia sabrá comprender, siempre y cuando como regla general el pastor les preste la debida atención.

M: ¿Qué cree usted que es lo más importante en el programa de actividades del pastor?

SC: Nada debe de estar por encima de la relación con Dios. A muchos pastores les cuesta encontrar tiempo para cumplir esa tarea indispensable, que de-

fine su éxito o su fracaso profesional, familiar y personal. Las herramientas del pastor son la Biblia y la oración. Debemos animar a los pastores para que tengan su momento de devoción personal. En segundo lugar está la familia, acerca de la cual Elena de White dice que es el primer campo misionero. Y es bueno recordar que el hecho de que la familia sea prioridad no justifica la falta de atención a los otros aspectos de la tarea pastoral. Debe haber tiempo para cada cosa. El pastor debe trabajar con denuedo, sin olvidarse de atender a la familia en ningún momento del día, ni un día en la semana, y durante las vacaciones también. Si el pastor mantiene buenas relaciones con Dios y su familia, estará en excelentes condiciones de atender los demás aspectos de su trabajo.

M: ¿Cuál es el perfil ideal de la esposa del pastor?

SC: En primer lugar, no existe la esposa de pastor perfecta, porque nadie es perfecto. Pero cada una de ellas debe fijarse un ideal que espera alcanzar. Cada personalidad es diferente, y por lo mismo cada esposa será diferente, sin que eso signifique que sea deficiente. El ideal es que esté siempre unida a Dios, en comunión con él, feliz con su llamado, sintiéndose realizada en el cumplimiento de la misión que el Señor le confió. Si la esposa del pastor cree que está en el lugar correcto, cumpliendo la voluntad del Altísimo, y que él la usa a pesar de sus limitaciones humanas, ésa es la esposa ideal.

M: Un último mensaje, por favor, a las esposas de los pastores sudamericanos.

SC: Manténganse en comunión con Dios, porque es la base de todo lo que realmente vale en la vida. Desde los comienzos de mi vida pastoral al lado de mi esposo (el Pr. James Cress), trabajé con gente maravillosa: esposas de pastores con más experiencia que me ayudaron a crecer. También trabajé con administradores a los cuales me gustaría haber prestado un servicio mejor. Pero todo fue útil, puesto que aprendí que la única cosa que realmente importa es la relación con Dios, independientemente de lo que piense o diga la gente con respecto a nosotras. Saber que Dios nos ama y nos acepta como hijas es todo lo que necesitamos para vivir saludablemente tranquilas y ser felices. ♦

La preservación de la familia del pastor

José Carlos Ebling

José Carlos Ebling es doctor en Filosofía y consejero matrimonial en el Instituto Adventista de Ensino, Engenheiro Coelho, San Pablo, Brasil.

En mi experiencia como consejero matrimonial, al dirigir numerosos “encuentros de matrimonios”, he conversado con muchos ministros y sus esposas acerca de los problemas que suele haber en los matrimonios de pastores. ¿Cómo definirlos? ¿Cómo encararlos y resolverlos? No es fácil hacerlo, pero no es imposible tampoco.

Algunos pastores siguen creyendo que ellos y sus familias están por encima de los problemas que afligen a los demás mortales. Hay que abandonar ese concepto absurdo y encarar la vida tal como lo hacen los demás. Los problemas y conflictos surgen cuando evaluamos nuestro desempeño en los diferentes papeles que nos tocan en el hogar, la iglesia y la comunidad.

Cuando se gradúa, el pastor supuestamente sabe cuáles son los papeles que debe desempeñar, y procura hacerlo de la mejor manera posible. Mientras tanto, a su lado está su esposa que, aunque esté dispuesta a actuar y a cumplir con sus funciones de la misma forma, no siempre sabe con exactitud qué papeles debe cumplir en los diferentes sectores donde actúa, tales como el hogar, la iglesia y

la comunidad.

Bajo intensa presión y frente a las grandes expectativas provenientes de la colectividad, de los miembros de la iglesia y, muchas veces, del propio marido, que también vive bajo presión, ella trata de hacer lo mejor. Pero no siempre consigue agradar a todos, ni siquiera a sí misma. Y así, como consecuencia de falsas expectativas, surgen los problemas en el matrimonio.

Mujer en primer lugar

Según el Dr. Charles E. Wittschiebe, profesor jubilado de la Universidad Andrews, la esposa del pastor debe ser mujer en primer lugar; después, esposa de pastor. Explica su opinión diciendo que una mujer joven con frecuencia tiene la impresión de que la esposa del pastor debe ser un ente mitológico, casi artificial. Si se esfuerza y trabaja mucho para acomodarse a ese modelo de mujer, puede perder algo de su propia humanidad, naturalidad y espontaneidad.

Por lo tanto, debería ser en primer lugar ella misma, en el amor de Dios y de su marido, expresando ese amor calurosamente y con intensidad emocional. Después le será fácil adquirir y desarrollar las amorosas cualidades de una esposa de pastor al relacionarse con la gente.

Si el pastor se acerca a su esposa que está junto a la mesada de la cocina y la acaricia, generalmente no le dice: “¡Estoy tan feliz de estar con mi

obrero predilecta!”, o “¡Estoy tan contento de estar con mi ovejita!” Sólo la acaricia, como un hombre acaricia a su mujer, de manera que ella se siente amada. Es posible que ella le diga: “¡No hagas eso!”, pero en el fondo de su corazón no es precisamente eso lo que quiere decir. Es esencial que se mantenga viva la relación romántica entre el hombre y la mujer.

Los familiares del pastor experimentan una fuerte presión que proviene de las expectativas relativas a un comportamiento correcto y perfecto. El individuo tiene que desempeñar su papel de manera intachable, y eso interfiere con la vida amorosa del “matrimonio pastoral”. Esta visión tan limitada caracteriza la experiencia conyugal del pastor y de su esposa y hace de ella una relación carente de calor y sin intimidad alguna, sin pasión, sin vitalidad, sin alegría.

Es muy bueno “cortejar” a la esposa. No sólo es bueno sino indispensable. Llego a esta conclusión cuando leo en la Biblia el Cantar de los Cantares. Sería bueno que los esposos leyeran juntos ese texto bíblico romántico, para enriquecer así su relación amorosa.

Las viudas de la iglesia

En nuestras tareas de consejeros hemos encontrado a mujeres cuyos maridos creen que es más importante predicar el evangelio que dedicar algún tiempo para atender las nece-

sidades de su esposa, para conservar el matrimonio. Son "las viudas de la iglesia". La esposa del pastor con frecuencia tiende a ser una viuda de la iglesia, y los hijos son los huérfanos de la iglesia. A veces los hombres son activos en la obra porque prefieren hacer eso a estar en casa, lo que les da una piadosa explicación acerca de su ausencia del hogar.

Si alguien dedica todas las noches a una campaña de evangelización, se lo considera "un gran hombre". Todos dicen: "Es un obrero fantástico, valiente, precioso, maravilloso". Pero, ¿qué dicen en cuanto a su dedicación a la familia? Y es posible que ese obrero tan alabado esté usando esa actividad como un pretexto para no estar en casa. Puede ser que no le guste mucho estar al lado de su esposa, y de este modo encuentra la manera de ausentarse.

Es muy difícil entablar una conversación acerca del tiempo que se

"Hemos llevado demasiado lejos la idea de que un pastor está por encima de los demás hombres y de toda flaqueza humana, de que en esto también es modelo y ejemplo. En verdad, es un hombre con flaquezas y fallas como todos los demás, e introduce en su matrimonio pastoral todos los problemas de su juventud".

dedica a la familia cuando el marido y padre siempre dice: "Estoy dedicado a la obra de salvar almas".

Es difícil luchar contra Dios; por eso el hombre es piadoso. Lo opuesto también sucede a veces, y por alguna razón la relación entre los esposos se vuelve insostenible.

¿Cómo podemos, al aconsejar a matrimonios, ayudar a la pareja a enfrentar y resolver esta situación? Para empezar debemos decir que en este caso se está usando la religión como una cortina de humo, como un disfraz, como una fuga, como una táctica para menospreciar a la otra persona. Debemos analizar las emociones que conducen a ese tipo de ataque, a

abrir la infección para que drene. Es necesario llegar a la verdadera razón por la cual un marido está actuando de esa manera.

En busca de soluciones

¿Qué podemos decir acerca del consejo matrimonial para un pastor y su esposa? Cuando la pareja reconoce que hay en su "matrimonio pastoral" un problema que no logra resolver, ¿qué se debe hacer?

En una de sus entrevistas sobre este asunto el Dr. C. E. Wittschiebe formuló una declaración tan importante y significativa que creo es la mejor respuesta a esta situación. Dijo: "Hemos llevado demasiado lejos la idea de que un pastor está por encima de los demás hombres y de toda flaqueza humana, de que en esto también es modelo y ejemplo. En verdad, es un hombre con flaquezas y fallas como todos los demás, e introduce en su matrimonio pastoral

todos los problemas de su juventud".

Imaginemos a un pastor que tuvo una relación deficiente con su madre, o su padre, y está confundido emocionalmente. Lleva todo eso a su matrimonio, y no es capaz de expresar ni amor ni rabia como debería hacerlo. Imaginemos además que la esposa tiene un concepto horrible acerca del sexo, y ella también lleva todo eso a su casamiento. Seguramente necesitan consejo. Sin duda el pastor guiará mejor a los demás a la salvación si primeramente ha logrado salvar su hogar.

No nos podemos engañar pensando que todos los hogares pastorales gozan de perfecta salud emocio-

nal. El pastor y su esposa son seres humanos, contra los cuales el enemigo también dirige sus ataques, y a veces con más contundencia que en otros casos. Un hombre puede tener la necesidad compulsiva de trabajar para Dios, y termina olvidándose de su familia. Ciertamente conseguirá buenos resultados en su trabajo, pero su familia sufrirá. La esposa se resentirá porque la obra le absorbe todo el tiempo a su marido, y se enojará con las mujeres que lo buscan: Los hijos se resentirán porque no disponen de la presencia y la compañía del padre cuando la necesitan y la desean. Y la primera consecuencia de esto, al cabo de quince años, será un hogar arruinado. Es posible inclusive que la esposa se enrede con otro hombre. ¡Y todo esto se podría haber evitado!

Necesitamos más consejeros calificados a quienes nuestros pastores y sus esposas puedan recurrir. Lamentablemente, hasta hace poco, la palabra "psicología" tenía una connotación negativa. Pero debemos recordar que esta ciencia, como estudio de la mente y las emociones, es algo muy bueno cuando se la aplica como corresponde. Las Escrituras están repletas de principios psicológicos.

Por el momento tenemos una propuesta que podría ser muy beneficiosa para los matrimonios de pastores. El aconsejamiento por correspondencia es totalmente discreto. En verdad, ya lo estamos haciendo esporádicamente, sin hacerle mucha propaganda; pero ahora creemos que debemos extender este servicio a todos los pastores, sus esposas y a los demás obreros. ♦

Si tuviera interés en este tema, entre en contacto, por favor, con el Dr. José Carlos Ebling, Caixa Postal 11, CEP 13165-970, Engenheiro Coelho, SP, Brasil, o con el Dr. Antonio Estrada Miranda, Caixa Postal 11, CEP 13165-970, Engenheiro Coelho, SP, Brasil. E-mail: aestrada@iaec2.br

Contactos peligrosos

Philip Hiroshima

Philip Hiroshima es abogado. Ejerce en Sacramento, California, Estados Unidos.

Como abogado, he representado a iglesias en muchos casos que han tenido que ver con relaciones sexuales ilícitas entre pastores y miembros de sus congregaciones. Al llevar a cabo esta tarea, descubro que hay cierta similitud entre los hechos y las modalidades de comportamiento que se repiten en estos dolorosos procesos. ¿Cuáles son algunos de esos factores comunes y, especialmente, cuáles son las mejores soluciones para evitar estas situaciones?

El escenario típico

El pastor vive siempre muy ocupado con la iglesia y la comunidad. Al mismo tiempo, su esposa también puede estar muy ocupada en la atención de sus necesidades, tales como el cuidado de los hijos y los estudios de estos; o problemas de enfermedad en el seno de la familia o de ella misma. Cualquiera sea el caso, pasa menos tiempo con su esposo. Entonces se produce un notable distanciamiento emocional entre los dos.

En el curso de su trabajo, el esposo se puede encontrar aconsejando a una hermana que se queja de su esposo. Afirma que éste no la

aprecia, que vive ocupado con su trabajo, que es dominante y manipulador o no comparte con ella las responsabilidades familiares. Ella desea que él le preste más atención.

En el intento de reconstruir la estima propia de su consultante, el pastor elogia su sonrisa, su cabello o algún otro aspecto de su personalidad. Al proseguir el asesoramiento, termina simpatizando con ella, y hasta opina que el marido debería haber notado el valor de su esposa, que merece más atención y más sensibilidad. Ella escucha todo eso y se sorprende de que el esposo no reconozca las cualidades que el pastor admira. Y se entusiasma con el pastor, valorando su simpatía y el reconocimiento de sus atributos.

Cada sesión termina con oración y con el consiguiente abrazo pastoral. En la sociedad occidental el abrazo del pastor es aceptable. Pero en las sesiones de asesoramiento ese gesto puede ser más fuerte y más afectuoso. El abrazo es, tal vez, un contacto físico muy estrecho, que alguien puede dar públicamente a una persona del otro sexo.

Un pequeño toque, con un insignificante acento sexual, puede ser el comienzo del problema, aunque se considere que todavía está dentro

de los límites aceptables. Pero también es posible que avance. He discutido este asunto con algunos pastores y, para mi sorpresa, muchos creen que un toque sexual no constituye adulterio. Ese concepto luego culmina en visitas al hogar de la consultante, o al encuentro de ambos en algún otro lugar, donde es posible "discutir mejor sus preocupaciones". Pueden ir inclusive en auto a ese lugar, con la disculpa del pastor de que por alguna razón no puede conversar acerca de ese asunto en la sala pastoral de la iglesia. Además, en esos casos, no faltan justificativos para que el pastor y su consultante estén solos.

Aunque algunos pastores reconocen la vulnerabilidad de la angustiada feligresa, y pueden a propósito y con premeditación sacar ventaja de la situación, eso es raro. Generalmente al pastor lo entusiasma que alguien tan agradable como su consultante se sienta atraída por él. Y con frecuencia no calcula las consecuencias a largo plazo de esta indiscreción.

Una vez que están implicados sexualmente, ambos, el pastor y su feligresa, se dan cuenta del error que han cometido. Tal vez intenten ponerle fin a la relación, pero a esa

Cuando se enfrentan a una relación extraconyugal, los pastores generalmente se dan cuenta de que se están involucrando en algo, pero también tienden a presentar muchas excusas.

altura de los acontecimientos ya están tan atraídos el uno por el otro que la relación continúa. Y entonces uno u otro, acosado por el sentimiento de culpa, comete un desliz que involuntariamente pone al descubierto todo el problema. Puede ser un comentario o un gesto cualquiera. A partir de ese momento otros tendrán que practicar una investigación.

Finalmente la feligresa puede creer que se la ha explotado, y reclama compensación por daños y perjuicios para ella y su esposo. A su vez, el esposo engañado cree que el pastor debe ser castigado, y a veces inclusive alimenta sentimientos de venganza hacia él, e inicia un proceso contra el pastor, la iglesia y hasta contra los administradores de la iglesia. Ésta puede verse implicada en el proceso bajo la acusación de negligencia en la supervisión del pastor, ya que conocía o debería haber conocido sus inclinaciones.

La prevención

¿Sería posible que usted, como pastor y consejero cristiano, se encuentre en cualesquiera de las etapas que acabamos de describir? ¿Aconsejó ya, o está aconsejando a alguien que se ajusta al ejemplo que hemos dado? Si es así, usted tiene que comprender la existencia de factores que pueden llevarlo a cometer, sin proponérselo, graves indiscreciones y, por consiguiente, incurables sufrimientos para usted, su familia, su iglesia, como asimismo para la persona con la cual usted está en peligro de involucrarse, y también los familiares de ella.

Mantenga firme su comunión con Dios, tenga una vida de oración, vigílese a sí mismo y junto con eso, si es posible, trate de seguir algún curso de aconsejamiento pastoral o algo parecido. Eso le dará una visión más amplia y podrá evitar errores de largo alcance en el futuro.

He tenido la oportunidad de hablar con muchos psicólogos y psiquiatras. Al conocer sus propias debilidades, dicen estar preocupados con la falta de entrenamiento de los pastores a este respecto. Si se les ofreciera ese entrenamiento, ciertamente estarían en mejores condiciones de conocer a las personas con diversos tipos de desórdenes y circunstancias, los cuales los vuelven emocionalmente susceptibles. Un aconsejamiento inapropiado, llevado a cabo por el pastor, especialmente en lugares poco recomendables, lo puede volver particularmente propenso a caer en indiscreciones.

No importa cuán buenas sean sus intenciones, al final, el pastor puede sufrir graves perjuicios, como asimismo la persona a la que intenta ayudar.

Con mucha frecuencia el pastor puede ayudar mejor a alguien que necesita consejo si trabaja lado a lado con un consejero especializado. Eso le dará eficacia al aconsejamiento psicológico que necesitan los consultantes, mientras el pastor atiende la parte espiritual y eclesiástica del problema.

Cuando se enfrentan a una relación extraconyugal, los pastores generalmente se dan cuenta de que se están involucrando en algo, pero también tienden a presentar muchas excusas. En cualquier circunstancia permanece el hecho de que las indiscreciones y las acciones pecaminosas pueden ser una bola de nieve cuyos efectos alcanzarán, tarde o temprano, a todas las personas implicadas. Si el pastor racionaliza el asunto, y llega a la conclusión de que un toque sexual no es adulterio, necesita saber que su punto de vista no disminuirá la intensidad del dolor que le causará a su familia, de la vergüenza y la desilusión que sufrirá su congregación, ni tampoco de la disciplina que se le aplicará.

El pastor debe comprender que

Con mucha frecuencia el pastor puede ayudar mejor a alguien que necesita consejo si trabaja lado a lado con un consejero especializado. Eso le dará eficacia al aconsejamiento psicológico que necesitan los consultantes, mientras el pastor atiende la parte espiritual y eclesiástica del problema.

la indiscreción sexual, del tipo que sea, con el tiempo se la puede descubrir, y muy probablemente destruirá su ministerio y su vida personal y familiar.

La iglesia necesita ser más responsable en estas situaciones, y eso significa no sólo transferir pastores de una iglesia a otra cuando existe alguna indiscreción sexual con una feligresa. Se los debería despedir y retirarles las credenciales de ministros, para que no tengan otra oportunidad de arruinar a otras personas. Hay muchos buenos candidatos al ministerio que están esperando una vacante que ahora ocupa alguien que representa un riesgo para sí mismo, para su familia y para la iglesia.

Si como pastor usted tiene la tendencia a implicarse sexualmente con sus feligresas, deje el ministerio. Con el tiempo su conducta podrá salir a luz, y se convertirá en un gran oprobio. Junto a eso, y peor aún, usted estará comprometiendo su integridad personal y la confianza que le dispensa la iglesia y su familia. ♦

El año 2000 y el milenio

George W. Reid

George W. Reid es doctor en Teología, director del Instituto de Investigaciones Bíblicas de la Asociación General.

Hollywood lo proyecta en la pantalla. Desde los diarios serios hasta los tabloides frívolos, recibe un tratamiento que a la vez asusta y resulta aparatoso. Los teólogos de derecha y de izquierda hablan y escriben al respecto como si se tratara de una cosa trivial o muy importante.

Estamos hablando del milenio. Es la palabra mágica. Puesto que hemos llegado al año 2000, es oportuna esta pregunta: ¿Va el siglo a llevar a la Historia a una nueva oportunidad o al caos? Los líderes religiosos están aprovechando la oportunidad para iniciar una nueva época de fe. Algunos prevén el fin de todas las cosas, pero los menos inclinados al entusiasmo especulativo ven en la llegada del año 2000 una rampa de lanzamiento a partir de la cual pueden proclamar el comienzo de una nueva época religiosa. Un elemento importante es la convocatoria del Papa a una asamblea de líderes religiosos de todas las corrientes, que se celebraría en Jerusalén incluso este año.

Los últimos dos siglos produjeron una transformación general de la auto-comprensión religiosa, especialmente entre los cristianos. Desde sus comienzos, la religión ha tratado de explicar

la relación que existiría entre la naturaleza y lo sobrenatural. El Iluminismo, hacia fines del siglo XVIII, consiguió desacreditar virtualmente toda creencia en lo sobrenatural, reduciendo el cristianismo a una organización de asistencia social, con muy poco contenido sobrenatural.

El producto final de esto es un cristianismo enfocado en las ideas, pero desprovisto de certeza acerca de Dios. Dentro de este vacío se desarrollaron explicaciones alternativas para proporcionarle significado a una cosmovisión, que se fundieron en una amalgama que descartó la versión bíblica de lo sobrenatural. Cuando se abandonaron las ideas bíblicas calificándolas de mitos, la religión se orientó hacia preocupaciones humanas. Los textos bíblicos fueron disecados de acuerdo con la lógica humana, y la comunidad intelectual cristiana se embarcó en la búsqueda del Jesús histórico. La ciencia se convirtió en la guía del futuro, se redujo la profecía bíblica a textos escritos después de los acontecimientos y la escatología se convirtió en una esperanza melancólica de sucesos inciertos.

Pero la esterilidad de esa religión, privada de su propósito de ligar a la humanidad con Dios, impulsa a las personas inquietas. Hoy una nueva generación está al mando, gente que busca respuestas satisfactorias para preguntas difíciles. Lo sobrenatural, abandonado hace mucho como extinto, ha vuelto a surgir como línea de avanzada en el interés religioso.

De nuevo los milagros están de moda. Hay ángeles por todas partes: en el mundo literario, en la industria del entretenimiento, incluso entre teólogos que ya no creían en ellos. El misticismo de la Nueva Era satura ahora la música, la literatura, la filosofía, la educación y hasta la medicina. No se puede ignorar más a los cristianos evangélicos, que hoy son 400 millones. El fundamentalismo ejerce ahora una profunda influencia sobre las religiones no cristianas.

La utopía del milenio

Desde esta nueva plataforma los guías religiosos de hoy esperan lanzar un reavivamiento poderoso que envuelva a todas las religiones, para inaugurar así ese mundo utópico de paz, prosperidad, progreso y unidad.

¿Cómo se puede concretar en un ideal utópico una colección de tradiciones religiosas diferentes, que compiten entre sí y que con frecuencia son contradictorias? La fórmula propuesta se encuentra en un grupo relativamente sencillo de elementos:

1. *No juzgar.* Ya no se puede considerar que una religión sea superior a otra.

2. *Mérito.* Cada tradición tiene valor en su propia esfera y, por lo tanto, merece el respeto de todas las demás.

3. *Aceptación.* Puesto que toda tradición religiosa es válida, es necesario asegurar su lugar en un todo pluralista.

4. *Diversidad.* Dentro de esa aceptación plenaria, cada cual debe poder

practicar su propia convicción, libre de cualquier intento proselitista.

5. *Comunidad.* El foco se debe concentrar en un elemento común: el servicio a la comunidad.

6. *Subjetividad.* Cada cual puede trascender creencias y prácticas particulares, con el fin de participar de la experiencia interior que todas las religiones tienen en común. Después de todo, lo que cuenta es la relación con Dios, de acuerdo con la concepción de cada cual.

A pesar de esta fórmula del milenialismo utópico, la Biblia efectivamente apunta hacia un milenio totalmente diferente en propósito y significado.

La voz de la Biblia

Al volvernos hacia las Escrituras para estudiar este tema, nos sorprendemos porque sólo unos pocos pasajes se refieren al milenio. Por lejos, el texto más explícito al respecto es el capítulo 20 del Apocalipsis. Los Evangelios no dicen nada acerca del milenio, y Pablo lo menciona sólo de paso. Pero los temas relacionados con el juicio y la consumación final aparecen a lo largo de las Escrituras.

Para abarcar todas las enseñanzas de la Biblia, destacaremos diversos pasajes teológicamente relacionados entre sí. Pablo le habla a los corintios de la resurrección en relación con la última trompeta (1 Cor. 15:51-55). Aunque no se refiera directamente al regreso de Cristo, por cierto asume que la iglesia de Corinto estaba al tanto acerca de lo que él en ese momento les estaba enseñando a los creyentes de Tesalónica (1 Tes. 4:13-18; 2 Tes. 2:1-12).

El regreso de Cristo es el acontecimiento central, en torno del cual giran el fin del mundo y la resurrección. Pablo fue el fundador y el primer maestro de la iglesia de Corinto (Hech. 18:11, 18). No parece razonable que su enseñanza básica acerca del regreso de Jesús no esté fundada sobre lo que dice en 1 Corintios 15. A pesar de eso, en ninguno de sus escritos relaciona la

segunda venida de Cristo con un período definido.

El apóstol Pedro se refiere dos veces a los mil años en el mismo versículo: "Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día" (2 Ped. 3:8). Pero su intención es sólo retórica; no profética. El apóstol no se está refiriendo a un período profético definido, sino que se limita a destacar el hecho de que Dios está por encima del tiempo, al contrario de lo que ocurre con los seres humanos.

Juan emplea seis veces la expresión "mil años" en Apocalipsis 20. En forma resumida prevé la grandiosa culminación de la Historia. Satanás, el archienemigo, cae preso y queda confinado por mil años (vers. 1-3). Los justos se levantan en la primera resurrección y reinan con Cristo en el Cielo durante mil años (vers. 4-6). Al cabo de los mil años se suelta a Satanás para que dirija a sus secuaces, que acaban de resucitar, en un asalto contra los santos y la Santa Ciudad (vers. 5, 7-10), cuando el fuego del Cielo destruye a todos los impíos.

La breve afirmación de Pedro (2 Ped. 3:8) —que es una cita de Salmo 90:4— ha dado margen a una cantidad de propuestas, basadas en la idea de que él ofrece allí una fórmula para interpretar las muchas referencias bíblicas a días, generalmente fuera de todo contexto profético. Basándose en la premisa de que los siete días de la creación son paralelos a siete épocas de mil años cada una, algunos le añaden otra premisa: que el sexto período de mil años terminaría con 1999.

Los proponentes de esta teoría alimentan la idea de que con el año 2000 deberíamos estar entrando en el cumplimiento de lo que corresponde al séptimo día literal de la Creación, es decir, un milenio de paz y prosperidad. Ese argumento ya aparecía en las especulaciones judías previas a la venida de Cristo, y ha aparecido esporádicamente en escritos cristianos posteriores a Cristo, pero carecen de una

verdadera base bíblica.

Se puede hacer otra pregunta: ¿Dónde pasará el pueblo de Dios los mil años? La respuesta se encuentra en otros pasajes del Nuevo Testamento. La primera resurrección es la del pueblo de Dios, y ocurre en ocasión de la segunda venida de Cristo. Al hablar de los santos vivos, Pablo afirma que serán "arrebataados juntamente con ellos [los santos resucitados] en las nubes para recibir al Señor en el aire" (1 Tes. 4:17). Jesús mismo prometió regresar para llevar a los creyentes a la casa de su Padre (Juan 14:1-3).

Los redimidos pasarán los mil años en el Cielo, donde tomarán parte en el juicio (Apoc. 20:4), para presenciar inmediatamente después el fin del pecado (Apoc. 21:2-8). La tentativa de describir el milenio como una era de esplendor, con Cristo presidiendo un reino terrenal, no concuerda de ningún modo con la enseñanza bíblica respecto de los eventos finales.

Aunque la mayoría de los intérpretes cristianos del milenio argumenten en favor de teorías dispensacionistas que presuponen un reino mesiánico en el cual Cristo reinaría sobre la Tierra, los adventistas preferimos seguir a Pedro y Pablo, y enseñamos que la Tierra será totalmente devastada en ocasión de la venida de Cristo. Ese acontecimiento tendrá como resultado que el planeta será inhabitable para los seres humanos, pero llegará a ser una adecuada prisión para Satanás. Basándonos en el Apocalipsis, prevenimos la erradicación del mal y la restauración de todo a su pureza original al final de los mil años, para constituir un mundo "en el cual mora la justicia".

Teorías milenialistas

Hoy la palabra *milenio* ha recibido un nuevo significado. Más allá de la sencilla referencia al período bíblico de mil años, se está convirtiendo en la clave de los acontecimientos finales. Esta especie de especulación tiene una larga historia. En el período que se ex-

tiende entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, los rabinos discutían acerca del reino mesiánico venidero. En el tiempo de Jesús, esas enseñanzas sin duda saturaban los conceptos populares que él encontraba al tratar de explicar la naturaleza de su reino.

El Cuarto libro de Esdras, apócrifo por cierto, ofrece un buen ejemplo de esto. Según ese libro, el Mesías se revelaría mediante el establecimiento de un reino terrenal, en el cual todos prosperarían durante cuatrocientos años, después de los cuales el mismo Mesías y la humanidad entera morirían, de modo que la Tierra volvería al silencio original. Entonces ocurriría una resurrección general, seguida de un paraíso terrenal y una Jerusalén restaurada.

El Talmud enseña que, de acuerdo con la decisión que hagamos, los días del Mesías serían de 40 o de 70 años, o tres generaciones. Algunos rabinos preferían 400 años, 365 años, 7.000 años o 2.000 años (*Sanhedrin*, 916). Con frecuencia la era dorada se presenta en términos de prosperidad, abundancia de casas, tierras y cosechas, de numerosa descendencia, y la satisfacción de todos los deseos sensuales. Esas ideas se introdujeron después en la visión cristiana del milenio venidero.

¿Cuándo comenzaría todo eso? ¿Vendría después de 85 jubileos, después de 7.000, 6.000, 5.000, 2.000 o 600 años, o justamente cuándo? El rabino Akiba era partidario de 40 años. Se propusieron varios esquemas, y algunos de ellos fueron adoptados por cristianos influyentes, tales como Ireneo, Justino Mártir, Eusebio y otros. Jerónimo (en torno del 380 d.C.) argumentaba en favor de una historia mundial de seis mil años, seguida de un sábado milenial. Incluso algunos no cristianos, como los seguidores de Zoroastro y los etruscos, enseñaban que la especie humana duraría seis mil años. Como consecuencia del grosero materialismo incorporado a las ideas relativas al milenio, otros padres

de la iglesia rechazaron inclusive la idea del milenio, al punto de negar el carácter canónico del Apocalipsis.

Pero fue San Agustín quien entusiasmó a la cristiandad medieval con su idea de que el milenio no es un período, sino una experiencia que comienza con la conversión y culmina con un éxtasis espiritual comparable a la segunda venida de Cristo (*La Ciudad de Dios*, 20:6, 7).

Esas ideas provocaron el entusiasmo público cuando se aproximaba el año 1000. Sobre la base del pensamiento de Agustín, los cristianos comenzaron a prever acontecimientos solemnes para ese año. Al acercarse, justo cuando el papa Silvestre ascendió al trono, la tensión subió, pero no ocurrió nada notable. Aunque circulaban especulaciones fantásticas en los monasterios, el Vaticano calmó los temores relativos al fin del mundo. En el año 998 el Concilio de Roma le impuso siete años de penitencia a Roberto, rey de Francia, por violaciones graves de la ley canónica, y el emperador Otto III, de Alemania, continuó con sus planes de restaurar el antiguo Imperio Romano.

Los adventistas y las especulaciones

Puesto que estamos profundamente interesados en las profecías, los adventistas somos particularmente vulnerables a las especulaciones. A lo largo de la historia del adventismo hemos enfrentado especulaciones acerca del fin, a pesar de que la Biblia y Elena de White desacreditan toda tentativa de prever los eventos del futuro.

En vista de esto, necesitamos referirnos a la agitación que existe en ciertos círculos adventistas acerca de los seis mil años. Generalmente los que proponen cálculos definidos basan sus argumentos sobre la afirmación de Elena de White relativa a una cronología de seis mil años para esta Tierra. Pero la cronología bíblica es compleja e incluye varios aspectos inciertos, lo

que impide totalmente que se pueda hacer un cálculo cronológico exacto. Por cierto que no afectan al mensaje de las Escrituras, pero nos impiden fijarle fechas precisas a los acontecimientos bíblicos para cualquier período anterior a los reyes de Israel.

Elena de White no tuvo la intención de establecer una cronología. En sus escritos ella se refiere 43 veces a los seis mil años y 42 a cuatro mil años. Como regla, ella sencillamente cita la cronología de Ussher, que estaba impresa en la parte superior de la Biblia que usaba. El método es de aproximación y no de fechas exactas. En 1913, refiriéndose a la Tierra, ella escribió que tendría "casi seis mil años". Con todo, los estudiantes cuidadosos de la Biblia y de los escritos de Elena de White han evitado elaborar cronologías basándose en este tipo de evidencia.

Principios protectores

Frente a todo esto, surge la pregunta: ¿Existen principios sanos que nos pueden ayudar a enfrentar las especulaciones relativas al milenio y a evitar que seamos engañados? Los siguientes pueden servir:

1. Las especulaciones relativas al milenio tienen una larga historia y casi siempre han estado equivocadas.
2. El deseo de disponer de novedades proféticas superficiales debe ceder su lugar a un cuidadoso estudio de la Biblia.
3. Fijar fechas para el fin es en sí una empresa sin base bíblica.
4. Elena de White endosa firmemente la interpretación historicista de las profecías, y nunca propone interpretar el futuro sobre la base de profecías apocalípticas relacionadas con el tiempo.
5. El estudio juicioso de las profecías bíblicas sigue siendo un componente válido y esencial del mensaje adventista, pero no nos debe conducir a fijar fechas para la venida de Jesús o de otros acontecimientos relacionados con su regreso. ♦

Una estrategia para hacer discípulos

Rafael Luis Monteiro

Rafael L. Monteiro es director de Ministerio Personal y Escuela Sabática de la Asociación de la Amazonia Occidental, Brasil.

En los últimos años el ministerio adventista vive la tensión provocada por la necesidad de encontrar un punto de equilibrio en el desarrollo de las tareas definidamente pastorales sin perder de vista su misión evangelizadora. Lograr que los creyentes se conviertan en discípulos ha sido a lo largo de estos años el desafío más grande, porque las iglesias y congregaciones, al parecer, están abarrotadas de gente que aparentemente desconoce las responsabilidades que implica el ser miembros del cuerpo de Cristo, y no saben cómo trabajar para hacer frente a un crecimiento saludable de la iglesia.

Todos están de acuerdo en que no basta llenar los templos si no hay a la vez una estrategia para lograr que los creyentes se conviertan en discípulos de Cristo de acuerdo con los principios que encontramos en los textos relativos a la gran comisión evangélica. Si no se atiende esta actividad, la obra pastoral no será completa, ni podrá crecer la iglesia sin el temor a la apostasía.

En la actualidad, las nuevas técnicas de administración por calidad total han impresionado mucho a los

miembros de la iglesia, induciéndolos a percibir que bien podrían emplearse con el fin de poner en práctica nuevos métodos de administración enfocados en el producto más importante: el miembro de iglesia. Hacer discípulos llena el gran vacío dejado por todos estos años de casi indiferencia a la orden del Maestro, que a su vez han producido la pérdida de recursos humanos y financieros.

La responsabilidad de andar con Cristo Jesús en sumisión a él y comprometidos con su Palabra, junto con el entrenamiento de los nuevos creyentes en un clima de amor y aprendizaje, son tareas indispensable para la terminación de la obra que se le confió a la iglesia.

“Por tanto, id, y haced discípulos” (Mat. 28:19). Con ese concepto en mente, los pastores y los dirigentes voluntarios se deben encontrar desempeñando el papel de formadores de discípulos, iluminados por las palabras que les dirigió Pablo a los cristianos de Éfeso: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efe. 4:11, 12).

Este concepto del ministerio implica una gran promesa que puede anidar en el corazón de alguien, o de la iglesia, para cumplir con éxito la orden de Jesús. Primeramente es

necesario equipar, evaluar y enseñar a los miembros de las iglesias para que puedan ser ministros del Señor. Se les debe ayudar a llevar a cabo la obra para la cual fueron llamados. En segundo lugar, está implícita la necesidad de demostrarles cómo se deben involucrar en la tarea de enseñar a los demás, por medio del sencillo proceso de la multiplicación espiritual. Finalmente, es necesario que abriguen en la mente y el corazón una visión amplia del ministerio. Deben ver su propia importancia en el eterno plan de Dios para conquistar el mundo por medio del evangelio. Deben ser testigos para que puedan ser oídos por gente de toda nación y pueblo.

La victoria sobre los desafíos del futuro para la iglesia depende sencillamente de la aplicación de la estrategia divina en consonancia con esta promesa: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mat. 24:14).

Estilo de vida

Todo proceso de hacer discípulos comienza con una visión. Primeramente es necesario que comprendamos que el hacer discípulos es el estilo de vida que Dios espera de nosotros como cristianos. Se nos llama “discípulos” porque somos seguidores de Jesucristo. Además, se nos ordena hacer discípulos, lo que significa formar a otros testigos y

multiplicarnos en ellos.

La tarea de educar y motivar a la gente para que llegue a hacer del testimonio su estilo de vida de cristiano, requiere el esfuerzo unido e intenso de dirigentes experimentados y el regreso a los principios aplicados por la iglesia primitiva. Dado que la educación teológica es la base de la evangelización, y la metodología apostólica es la que se debe aplicar para la enseñanza de la Palabra, se vislumbra que se requiere más responsabilidad de cada uno, y la obligación de lograr equilibrio al poner en práctica todo esto. La necesidad es urgente, porque los métodos que se han usado tradicionalmente han demostrado que no poseen la eficacia que se funda en la gran comisión de Mateo 28:18 al 20.

Algunos están desorientados y perdidos. No vibran en la esperanza, y el amor por los inconversos llega a ser una racionalización. La pérdida de la visión misionera propia es síntoma de dolencias espirituales graves que pueden revertir notablemente el cuadro del crecimiento de la iglesia, y pueden llevar a la comunidad a la inanición y a la muerte. Según Herschel H. Hobbs, “la obra de la evangelización no estará completa hasta que el evangelizado se convierta en evangelizador”. Para ampliar esa declaración —si el proceso de formar discípulos llega su culminación—, se debe preparar a todo nuevo creyente para que sea un evangelista activo. Ese ciclo completo de aprendizaje “requiere tiempo, amor, disciplina e instrucción personal”. Agregarle a la obra de la evangelización la de formar discípulos es una inversión segura, porque el futuro está abierto y genera multiplicación. Ésa fue la estrategia de Cristo.

“Jesús preparó a sus discípulos asociándolos con él, antes de darles la gran comisión. Estar con él fue lo primero en su aprendizaje acerca de cómo ejercer el ministerio. Marcos

nos dice: ‘Y estableció a doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos predicar’ (Mar. 3:14).

“El evangelismo de los discípulos creció gracias a su estilo de vida, por el hecho de haber estado muchas horas en la presencia de Jesús. Aprendieron en medio de situaciones de la vida real. Vieron la evangelización, el aconsejamiento, la predicación y la enseñanza, y cada una de las distintas formas del ministerio, todo de primera mano”.

Un enfoque necesario

Asociados a Jesús, los discípulos se convirtieron en pescadores de hombres (Mat. 4:19). Les mostró cómo se debe ministrar. Como líderes, a veces estimulamos a la gente para que dé su testimonio, pero fallamos cuando no les decimos cómo hacerlo. La iglesia necesita acercarse a sus miembros, y entablar con ellos un diálogo comprometedor. El clero ya no puede vivir a espaldas de los intereses colectivos de la iglesia. No es posible divorciarse de la realidad vivida por el mundo y la iglesia.

¿Cuál es la prioridad de la iglesia? ¿Está preparado su ministerio oficial para la evangelización interna y externa? Los pastores que están comprometidos con ese enfoque revitalizador deben ser entrenados para que demuestren cómo se pueden aplicar los dones de Dios en el ministerio. Mientras eso no suceda, la explosión evangélica no se producirá, y muchos miembros jamás gozarán de la alegría de conducir a alguien a Cristo. El discipulado del Señor es el recurso de que dispone la iglesia para poner en práctica los principios de la gran comisión. La preocupación de Billie Hanks demuestra que “el concepto de la multiplicación de los discípulos se debería restaurar nuevamente en nuestras iglesias, porque es el único que tiene la posibilidad real de conquistar hoy a toda nación del mundo para el evangelio”.

Muchos pastores están viviendo una situación muy difícil de asimilar, porque sus actividades no soportan más la falta de entrenamiento de los laicos en sus respectivas iglesias. Una sensación de fatiga espiritual satura la vida de esos obreros. La falta de una estrategia más duradera para la formación de discípulos ha generado una actitud absurda, que implica muchas actividades que son buenas en sí mismas, pero que excluyen lo esencial que es la formación de discípulos. Esos pastores no disponen del tiempo necesario para entrenar a los laicos con el fin de que ejerzan el sacerdocio de los creyentes.

Esa omisión los obliga a trabajar sin el apoyo de elementos calificados que les ayudarían en la conducción de las diversas actividades de la iglesia. Como resultado de eso, no comparten la carga con los demás, y los miembros, frustrados por la inactividad, reaccionan criticando al ministerio y a la iglesia en general. Los miembros mal alimentados espiritualmente pierden la visión misionera y comienzan a luchar en procura de puestos y funciones de liderazgo en la iglesia local.

“Muchos obreros cristianos creen que su tiempo es sumamente valioso para emplearlo en el desarrollo personal y en el equipamiento de los líderes laicos, y este círculo vicioso se repetirá una y otra vez. Estemos siempre preocupados por seguir el ejemplo de Jesús. Necesitamos captar la idea de que el Señor reveló su método personal de ejercer el ministerio e invirtió lo máximo del tiempo de su vida en la de los que tendrían en el futuro las mayores responsabilidades en el ministerio de la iglesia”.

Estar junto al pueblo, motivándolo, preparándolo y equipándolo como lo hizo Jesús, equivale a tener nuevos creyentes firmes en Cristo, tal como aconteció en los días apostólicos. Nuestra generación puede

esperar ver una gran multiplicación de conversos y congregaciones como resultado de nuestra aceptación del ejemplo de Jesús, y de su puesta en práctica.

El Maestro y su plan

Al examinar el Nuevo Testamento, y en particular los Evangelios, percibimos con claridad el plan de Cristo. Se presentó ante la nación judía como la solución nacional de sus problemas, en cumplimiento de todo lo que fue predicho y revelado por Dios a los profetas de la antigüedad. La liberación nacional del dominio del Imperio Romano pasaba por la liberación nacional de sus pecados históricos y personales, para de ese modo emanciparse del dominio tiránico de Satanás.

Jesús trataba de convencer a los líderes y al pueblo de que su vida, al ofrecerse en sacrificio en el Calvario, estaba cumpliendo una exigencia de la ley del pecado, más que una exigencia de las leyes de sus tradiciones, como nación sometida al yugo romano. Morir por la nación era importante, pero morir por el mundo entero era su gran meta. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado su Hijo unigénito, para que todo aquél que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

En verdad los Evangelios se escribieron para revelar a Jesús, el Hijo de Dios, de modo que, por fe en él, los creyentes puedan tener vida en su nombre (Juan 20:31). Pero muchas veces dejamos de comprender y revelar lo que incluye la realización de esa vida en Cristo. Debemos recordar que los testigos que escribieron esos libros no solamente vieron la verdad, sino que fueron transformados por ella. Por eso, al contar la historia, invariablemente se refirieron a lo que ejerció influencia sobre ellos, para inducir a los demás a vivir de acuerdo con el estilo de vida de los seguidores de Je-

sucristo.

Como consecuencia del rechazo del Mesías por parte de los dirigentes judíos y el Sanedrín —órgano máximo de su legislación civil y religiosa—, la selección de nuevos dirigentes fue el paso que se dio inmediatamente después. Jesús llamó a discípulos. Doce al principio, para que vivieran en íntima comunión con él. Entre ellos, tres eran especiales: Pedro, Santiago y Juan. Ellos serían más tarde los dirigentes de la iglesia naciente, del nuevo Israel. Eran "hombres sin letras y del vulgo" (Hech. 4:13), pero estaban listos para aprender. Sus modales rústicos podrían haber sido al principio graves impedimentos, y lo limitado de sus habilidades podría haber retrasado su preparación, pero eran suficientemente honestos como para admitir sus deficiencias, necesidades y conflictos, y pudieron ser modelados de acuerdo con el patrón del más grande de los maestros. La superficialidad de su vida religiosa no les había impedido esperar a su Mesías (Juan 1:41, 45, 49; 6:69). Además, tenían que luchar contra la hipocresía de la aristocracia dominante. Sus esperanzas estaban adormecidas, y necesitaban de algo revitalizador que viniera a introducir en sus existencias una nueva realidad en la compañía de Jesús.

La gran prueba todavía estaba por venir. Cristo escogió unos cuantos hombres, y su intención era prepararlos con el propósito de que, cuando se tuviera que ausentar, estuvieran listos para enfrentar al mundo en el intento de conquistarlo para su gloria. No podían transformarlo a menos que fueran transformados individualmente. El hecho de que haya escogido pocos hombres tenía mucha importancia para lo que deseaba alcanzar. El cambio operado en la vida de los individuos escogidos sólo sería posible por medio de la influencia del gran Maestro de Galilea.

La forma como lidió con esos incultos galileos —pescadores de tiempo completo algunos, cobradores de impuestos otros, idealistas, sin noción alguna del trabajo en equipo— es increíble si nos atenemos a los patrones de la educación moderna. Pero sucedió algo sobrenatural. Platón, Sócrates, Pablo, Mahoma y Buda tuvieron discípulos, pero Jesús los sobrepujó a todos. En poco tiempo el aprendizaje de los vacilantes discípulos fue superado por ellos mismos. "El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro" (Luc. 6:40).

La esencia del ministerio de Jesús en relación con sus discípulos era su programa de entrenamiento. Al llamarlos, le dio comienzo a ese entrenamiento asociándose con ellos en la práctica, diariamente. Se trataba de un método sencillo, pero sumamente eficaz. El Señor no estudió en las escuelas de los rabinos ni contaba con el apoyo de ellos; tampoco disponía de los instrumentos que se utilizan para instruir. No empleó para nada procedimientos burocráticos. Él era la escuela y el curso de estudios. Era un método que contrastaba definidamente con el de los escribas, las estrellas del conocimiento de su tiempo. Ellos mismos habían insistido con Jesús para que se apoyara en sus tradiciones y dogmas con el fin de enseñar a los discípulos. Pero Cristo no les prestó oídos. Después de todo, era "Emanuel... Dios con nosotros" (Mat. 1:23), era la Sabiduría en persona. Sus discípulos se distinguían, no por vivir de acuerdo con una determinada liturgia, sino por estar con él, por vivir y proclamar sus enseñanzas (Juan 18:20).

El método de asociación que practicó Jesús con sus discípulos se manifestó desde el principio, desde el momento de la invitación que les dirigió a esos hombres que deseaba conducir. A Juan y a Andrés los in-

vitó: “Venid y ved” (Juan 1:39), para que vieran donde vivía. “Y se quedaron con él aquel día”. No hubo más explicaciones. Se entiende que en la intimidad del aposento del Maestro obtuvieron preciosas vislumbres de su obra y su naturaleza. A Felipe se le extendió la misma invitación, más la expresión: “Sígueme” (Juan 1:43). Evidentemente, sensibilizado por esa invitación, el nuevo discípulo a su vez invitó a Natanael diciéndole: “Ven y ve” (Juan 1:46).

Más tarde, cuando Pedro, Santiago, Juan y Andrés se encontraban a la orilla del mar lanzando sus redes, Jesús los abordó con las mismas palabras ya familiares: “Venid en pos de mí” (Mar. 1:17; Mat. 4:19; Luc. 5:10). Del mismo modo llamó a Mateo que se encontraba en el banco de los públicos tributos diciéndole: “Sígueme” (Mar. 2:14; Mat. 9:9; Luc. 5:27).

Había muchas cosas que esos hombres no entendían, y que sólo entenderían al andar con Jesús. La solución de sus problemas sería posible por el simple hecho de que estarían siempre con el Maestro. En su presencia podrían descubrir todo lo que necesitaban saber. Jesús tenía el objetivo de prepararlos para la tarea de evangelizar al mundo. Por eso se reunía con ellos y les dedicaba buena parte de su precioso tiempo. Necesitaba que se convirtieran en misioneros activos. Lo hacía con más frecuencia en lugares apartados, en las montañas, lejos de los grandes centros de discusión teológica. Por eso se iba con ellos a Tiro y Sidón, por ejemplo (Mar. 7:24; Mat. 15:21); o recorría la región de Decápolis (Mar. 7:31; Mat. 15:29), las cercanías de Dalmanuta, al sudeste de Galilea (Mar. 8:10; Mat. 15:39), o junto a las aldeas de Cesarea de Filipo, al nordeste (Mar. 8:27; Mat. 16:13).

Esos largos viajes se debían en parte a la oposición de los fariseos y

a la hostilidad de Herodes; pero principalmente porque Jesús necesitaba estar a solas con sus discípulos, lejos del tumulto de sus opositores. Después dedicó varios meses a Perea, al este del Jordán (Luc. 13:22-19:28; Juan 10:40-11:54; Mat. 19:1-20:34; Mar. 10:1-52). Pero como a medida que el tiempo pasaba la oposición recrudecía, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, y hasta se escondía de ellos, y se fue a Efraín, junto al desierto (Juan 11:54).

Las últimas instrucciones

Incluso cuando en los últimos días de su trayectoria terrenal emprendió su último viaje a Jerusalén, se fue aparte con los discípulos, y tomó a los doce para darles las últimas instrucciones. A partir de allí comenzó su lenta ascensión a Jerusalén, para sufrir la muerte de cruz (Mat. 20:17; Mar. 10:32). En ese lapso Jesús no se separó de sus discípulos. Permaneció con ellos, posiblemente para ayudarlos a soportar la gran desilusión que estaban por sufrir (Juan 16:4). Indudablemente esos momentos finales fueron los más importantes del ministerio de Jesús como formador de discípulos; por eso los Evangelios dedican buena parte de sus relatos a esos últimos eventos de la vida del Maestro.

La última semana de Cristo con sus discípulos es más rica en detalles que cualquier otro período de su convivencia con ellos. Pedro reconoció este hecho, y más tarde se expresó así: “A éste levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos” (Hech. 10:40, 41).

De un modo general, la obra de los discípulos demuestra el éxito del método Jesús basado en la aproximación. Sin mucho alarde

entrenó a sus discípulos y estuvo con ellos enseñándoles a hacer la obra (Juan 15:27). Aprendieron al hacer como Jesús hacía. El Maestro dedicó tiempo para la convivencia y la instrucción. Los hombres y las mujeres que estuvieron con él hasta el fin perseveraron como consecuencia de la atención especial que les dispensó. Entre ellos se encontraban Zaqueo, la mujer samaritana, Nicodemo, el endemoniado de Gadara, Marta, María Magdalena, Juana, Susana y muchos otros.

Hoy la iglesia debe proseguir ese ministerio. Darle especial atención a cada creyente es un gesto que por sí solo constituye una parte de la comprensión de la naturaleza y la misión de la iglesia.

Si ésta desea realmente atraer al mundo con el evangelio del reino, deberá primeramente tomar conciencia de que sus miembros deben ser preparados para que se conviertan en discípulos de tiempo completo, que ejerzan el ministerio colectiva e individualmente, para hacer de esa práctica un estilo de vida. Cada creyente tiene parte en ese ministerio, y para eso necesita recibir entrenamiento.

La formación de un discípulo requiere cuidado personal. Para que madure y se reproduzca en otros discípulos se necesita el contacto personal del líder. Así lo hizo Jesús. ♦

Referencias

¹ Herschell H. Hobbs, citado por Billie Hanks, en: *Discipleship: the Best Writings from the Most Experienced Disciple Makers* [El discipulado: Los mejores textos de los más experimentados hacedores de discípulos] (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1981), pág. 26.

² Billie Hanks, *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, pág. 27.

⁵ *Ibid.*, pág. 28.

¿Tormento eterno o destrucción eterna?

Samuele Bacchiocchi

Samuele Bacchiocchi Doctor en Filosofía, profesor de Teología en la Universidad Andrews, Estados Unidos.

La doctrina del infierno es bíblica. Pero, ¿a qué clase de infierno se refiere? ¿Un lugar donde los pecadores impenitentes se queman para siempre, y conscientemente sufren dolor en medio de un fuego eterno que nunca termina? ¿O es la ejecución de una sentencia mediante la cual Dios destruye para siempre el pecado y los pecadores?

Tradicionalmente, a través de los siglos, las iglesias cristianas han enseñado, y los predicadores han proclamado, el infierno como un tormento eterno. Pero en los últimos tiempos rara vez oímos sermones acerca del “fuego y el azufre”, inclusive por parte de predicadores fundamentalistas que todavía pueden estar comprometidos con esa doctrina. Su renuencia a predicar sobre el tormento eterno probablemente no se deba a que no les guste proclamar una creencia impopular, sino porque les resulta difícil predicar una doctrina que les cuesta creer. Después de todo, ¿cómo es posible que el Dios que amó de tal manera al mundo que envió a su Hijo unigénito para salvar a los pecadores pueda, al mismo tiempo, ser un Dios que tortura a la gente para

siempre, indefinidamente (aunque se trate del peor de los pecadores)? ¿Cómo puede el Señor ser un Dios de amor y justicia, y al mismo tiempo atormentar a los pecadores en el fuego del infierno?

Esta paradoja inaceptable ha inducido a los estudiosos de todas las denominaciones a reexaminar la enseñanza bíblica acerca del infierno y el castigo final.

La pregunta básica es: el fuego del infierno, ¿tortura eternamente a los perdidos, o los consume de forma permanente? Las respuestas a esta pregunta pueden variar. Dos interpretaciones recientes, que tratan de darle al infierno un carácter más humano, merecen una breve mención.

Opiniones alternativas

La interpretación metafórica del infierno. La interpretación metafórica sostiene que el infierno constituye un tormento eterno, pero que el sufrimiento es más mental que físico. El fuego no es literal sino simbólico, y el dolor lo causa más la separación de Dios que el sufrimiento físico.

Billy Graham presenta esta interpretación metafórica cuando afirma: “Me he preguntado muchas veces si el infierno no es un fuego que arde dentro de nuestros corazones cuando anhelamos a Dios, cuando queremos estar en comunión con él, un fuego que nunca podemos apagar”. La interpretación de Billy Graham es inge-

niosa. Lamentablemente pasa por alto el hecho de que la descripción bíblica de “quemar” no se refiere a que sea el corazón el que arde, sino a un lugar donde los impíos serán consumidos.

William Crockett también favorece la interpretación metafórica: “El infierno, entonces, no debe ser concebido como un antro que vomita fuego como el horno ardiente de Nabucodonosor. Lo más que podemos decir es que los rebeldes serán expulsados de la presencia de Dios, sin ninguna esperanza de restauración. Serán expulsados como Adán y Eva (del Edén); pero esta vez para una noche eterna, donde la alegría y la esperanza se perderán para siempre”.

El problema con esta interpretación del infierno es que quiere sustituir tormento físico por angustia mental. Algunos inclusive podrían albergar dudas acerca de si la angustia mental eterna es más humana que el tormento físico. Aun si fuera verdad, la disminución del grado de dolor en un infierno literal no cambiaría sustancialmente su naturaleza, pues seguiría siendo un lugar de tormentos sin fin. La solución se encuentra, no en humanizar o sanear la interpretación tradicional del infierno, de modo que los impíos pasen la eternidad en un lugar más tolerable, sino en comprender la verdadera naturaleza del castigo final que, como veremos, es una destrucción permanente y no un

tormento eterno.

La interpretación universalista del infierno. Los universalistas han intentado una revisión más radical del infierno, ya que lo reducen a etapas de castigos graduados, que finalmente conducen al Cielo. Los universalistas creen que finalmente Dios tendrá éxito en su intento de salvar y llevar a la vida eterna a todos los seres humanos, de modo que nadie será condenado en el juicio final: ni al tormento eterno ni a la destrucción definitiva.

Nadie puede negar la atracción que ejerce el universalismo sobre la conciencia cristiana, porque todo aquél que sintió el amor de Dios anhela verlo salvar a todos. Pero nuestro aprecio por el interés de los universalistas en defender el triunfo del amor de Dios y refutar la interpretación no bíblica del sufrimiento eterno no nos debe impedir que percibamos el hecho de que esa doctrina es una grave distorsión de la enseñanza bíblica. La salvación universal no puede ser correcta sólo porque la doctrina del tormento eterno está equivocada. El propósito universal del plan de salvación de Dios no se debe confundir con el hecho de que los que rechazan la dádiva de su salvación tienen que perecer.

Aunque las interpretaciones metafóricas y universalistas sean intentos bienintencionados para ablandar el concepto del sufrimiento eterno, dejan de reconocer la información bíblica, y consistentemente distorsionan la doctrina relativa al castigo final de los que no se salvarán. La solución razonable de los problemas que plantean las interpretaciones tradicionales se encuentra no en la disminución o la eliminación del sufrimiento implícito en el infierno literal, sino en aceptarlo tal como es, o sea, el castigo final y la destrucción de los impíos. Como dice la Biblia: "No existirá el ma-

lo" (Sal. 37:10), porque "el fin de los cuales será perdición" (Fil. 3:19). "Y acabarán por ser destruidos" (DHH).

La creencia relativa a la destrucción de los perdidos se basa en cuatro consideraciones bíblicas:

1. La muerte como castigo del pecado.
2. El vocabulario relativo a la destrucción de los impíos.
3. Las implicaciones morales del tormento eterno.
4. Las implicaciones cosmológicas del tormento eterno.

La muerte como castigo

La destrucción final de los pecadores se desprende, en primer lugar, del principio bíblico fundamental de que el castigo final del pecado es la muerte: "El alma que pecare, ésa morirá" (Eze. 18:4, 20). "La paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23). El castigo del pecado abarca no sólo la primera muerte, por la cual todos pasamos como consecuencia del pecado de Adán, sino también lo que la Biblia llama la segunda muerte (Apoc. 20:14; 21:8), que es la muerte final e irreversible que sufrirán los pecadores impenitentes. Eso significa que el salario final del pecado no es el tormento eterno sino la muerte permanente.

La Biblia enseña que la muerte es la cesación de la vida. Si no fuera por la seguridad de la resurrección (1 Cor. 15:18), la muerte que sufrimos sería el fin de nuestra existencia. La resurrección interviene para que la muerte no sea al fin de la vida sino un sueño temporal. Pero en el caso de la segunda muerte ya no hay resurrección, porque los que la sufran serán consumidos en el "lago de fuego" (Apoc. 20:14). Ésta será la destrucción final.

El vocabulario de la Biblia

La segunda razón determinante

para que creamos en la destrucción de los perdidos en el juicio final es el rico vocabulario que usa la Biblia para describir el fin de los impíos. Según Basil Atkinson, el Antiguo Testamento emplea más de 25 sustantivos y verbos para describir la destrucción final de los impíos.

Varios salmos se refieren a ese acontecimiento usando imágenes dramáticas (Sal. 1:3-6; 2:9-12; 11:1-7; 34:8-22; 58:6-10; 69:22-28; 145:17, 20). En el Salmo 37, por ejemplo, leemos que los impíos pronto "como la hierba verde se secarán" (vers. 2); "serán destruidos... y... no existirá el malo" (vers. 9, 10); "los impíos perecerán... serán consumidos; se disiparán como el humo" (vers. 20); "mas los transgresores serán todos a una destruidos" (vers. 38).

El salmo 1 contrasta el camino de los justos con el de los impíos. De estos últimos dice que "no se levantarán... en el juicio" (vers. 5), sino que serán "como el tamo que arrebató el viento" (como la paja que se lleva el viento; vers. 4); "la senda de los malos perecerá" (vers. 6). En el salmo 145 David afirma: "Jehová guarda a todos los que le aman, mas destruirá a todos los impíos" (vers. 20). Estas pocas referencias relativas a la destrucción final de los impíos está en perfecta armonía con las enseñanzas del resto de las Escrituras.

Los profetas anuncian con frecuencia la destrucción final de los impíos con respecto al día escatológico del Señor. Isaías proclama que "los rebeldes y pecadores a una serán quebrantados, y los que dejan a Jehová serán consumidos" (Isa. 1:28). Descripciones parecidas se encuentran en Sofonías 1:15 y 17, y en Oseas 13:3.

La última página del Antiguo Testamento ofrece un contraste imponente entre el destino de los creyentes y el de los incrédulos.

Sobre los que temen al Señor “nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación” (Mal. 4:2). Pero para los incrédulos el día del Señor “los abrasará... y no les dejará ni raíz ni rama” (Mal. 4:1).

El Nuevo Testamento sigue de cerca al Antiguo Testamento. Describe el fin de los impíos con palabras e imágenes que denotan una destrucción total. Jesús comparó la absoluta aniquilación de los impíos con los manojos que se atan para quemarlos (Mat. 13:30, 40), o los peces malos que se arrojan fuera (Mat. 13:48), las plantas dañinas que serán arrancadas (Mat. 15:13), el árbol sin fruto que será cortado (Luc. 13:7), los pámpanos secos que se arrojan al fuego (Juan 15:6), los labradores infieles que serán destruidos (Luc. 20:16), los antediluvianos que también fueron destruidos por el diluvio (Luc. 17:27), la gente de Sodoma y Gomorra que fue consumida por el fuego (Luc. 17:29) y los siervos rebeldes que fueron decapitados cuando su Señor regresó (Luc. 19:27).

Todas estas ilustraciones describen gráficamente la destrucción final de los impíos. El contraste entre el destino de los salvados y el de los perdidos es de vida versus destrucción.

Los que recurren a las referencias de Cristo al infierno o al fuego del infierno (*gehenna*, Mat. 5:22, 29, 30; 18:8, 9; 23:15, 33; Mat. 9:43, 44, 46-48), para apoyar la doctrina del infierno eterno, no reconocen un punto importante. Como lo señala John Stott, “el fuego mismo recibe la calificación de eterno a inextinguible, pero sería muy extraño que lo que se arroja a él resultara ser indestructible. Esperaríamos lo opuesto, es decir, que sería consumido para siempre. A esto sigue que el humo (evidencia de que el fuego llevó a cabo su obra) ‘sube por los siglos de los siglos’ (Apoc. 14:11; 20:10)”.

Las referencias de Cristo a la *gehenna* no quieren decir que el infierno sea un lugar de tormento sin fin. Lo que es eterno e inextinguible no es el castigo sino el fuego que, como en el caso de Sodoma y Gomorra, produce la destrucción completa y permanente de los impíos, es decir, una condición que dura para siempre.

La declaración de Cristo de que los impíos “irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mat. 25:46) generalmente se considera como prueba del sufrimiento eterno y consciente de los impíos. Esa interpretación ignora la diferencia que existe entre el castigo eterno y el acto de castigar eternamente. La palabra griega *aiónios* (eterno) significa literalmente: “que dura cierto tiempo”, y con frecuencia se refiere al carácter permanente de los resultados y no a la continuación del proceso. Por ejemplo, Judas 7 dice que Sodoma y Gomorra sufrieron “el castigo del fuego eterno”. Y es evidente que el fuego que destruyó esas dos ciudades era eterno, no por causa de su duración, sino por el hecho de que los resultados de su acción han sido permanentes.

Otro ejemplo se encuentra en 2 de Tesalonicenses 1:9, donde Pablo, al referirse a los que rechazan el evangelio, dice lo siguiente: “Los cuales sufrirán pena de eterna perdición [destrucción eterna, DHH], excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”. Es evidente que la destrucción de los impíos no puede durar para siempre, porque un proceso de destrucción no puede ser ni eterno ni inconcluso. Una destrucción presupone un aniquilamiento. La destrucción de los impíos es eterna, no porque el proceso de destrucción prosiga para siempre, sino porque los resultados son permanentes.

El vocabulario referente a la destrucción es clarísimo en el Apo-

calipsis. En él representa la forma como Dios vence la oposición del mal hacia a sí mismo y hacia su pueblo. Juan describe con imágenes muy vívidas el lanzamiento del diablo, la bestia, el falso profeta, la muerte y todos los impíos en el lago de fuego que es “la muerte segunda” (Apoc. 21:8; 20:14; 2:11; 20:6).

Los judíos usaban con frecuencia la expresión “segunda muerte” para referirse a la muerte final e irreversible. En el Targum (la traducción del Antiguo Testamento al arameo, con su correspondiente interpretación) se pueden encontrar numerosos ejemplos de esto. En el targum referido a Isaías 65:6 se dice que “su castigo será en la *gehenna* donde el fuego arde todo el día. Pero he aquí que está escrito delante de mí: ‘No les daré descanso durante (su) vida, sino que les daré el castigo de su transgresión y entregaré sus cuerpos a la segunda muerte’ ”.

Para los salvados, la resurrección significa recibir el galardón de otra vida superior; pero para los perdidos implica la retribución de una segunda muerte, que es definitiva. Como ya no hay más muerte para los redimidos (Apoc. 21:4), del mismo modo no hay más vida para los perdidos (Apoc. 21:8). La “segunda muerte” es, entonces, una muerte definitiva e irreversible. Interpretar la frase de otra manera, como tormento eterno y consciente, o separación de Dios, niega el significado bíblico de la muerte como cesación de vida.

Implicaciones morales

Una tercera razón para creer en la destrucción final de los perdidos es el aspecto moral inaceptable que se halla implícito en la doctrina del tormento eterno. La idea de que Dios deliberadamente tortura a los pecadores por los siglos sin fin de la eternidad es to-

talmente incompatible con la revelación bíblica de Dios como amor infinito. Un Dios que inflige torturas interminables a sus criaturas, no importa cuán pecadores hayan sido, no puede ser el Padre de amor que nuestro Señor Jesucristo nos reveló.

¿Tiene Dios, acaso, dos caras? ¿Es infinitamente misericordioso por un lado e insaciablemente cruel por el otro? ¿Puede amar de tal manera a los pecadores que envió a su Hijo para salvarlos, y al mismo tiempo odiarlos de tal manera que los somete a un tormento cruel e interminable? ¿Podemos alabar legítimamente a Dios por su bondad si atormenta a los pecadores por la eternidad? La intuición moral que Dios puso en nuestras conciencias no puede aceptar la crueldad de una divinidad que somete a los pecadores a un tormento sin fin. La justicia divina jamás podría exigir el castigo interminable de un sufrimiento eterno por causa de pecados finitos.

Además de esto, el tormento eterno y consciente contradice el concepto bíblico de justicia, porque dicho castigo implicaría una desproporción enorme entre los pecados cometidos en el curso de una vida, y el castigo resultante que se prolongaría por toda la eternidad. Por eso, John Stott pregunta: "¿No habría, entonces, una enorme desproporción entre los pecados cometidos conscientemente en el curso del tiempo, y el tormento sufrido conscientemente por toda la eternidad? No disminuyo en nada la gravedad del pecado como rebelión contra Dios nuestro Creador, pero cuestiono el hecho de que el 'tormento eterno' consciente concuerde con la revelación bíblica acerca de la justicia divina".

Implicaciones cosmológicas

Una razón final para creer en la

destrucción de los perdidos es que la doctrina del tormento eterno presupone un dualismo cósmico eterno. El cielo y el infierno, la felicidad y el dolor, el bien y el mal seguirían existiendo para siempre lado a lado. Es imposible reconciliar esta opinión con la visión profética de la Nueva Tierra, en la cual "ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Apoc. 21:4). ¿Cómo se podría olvidar el llanto y el dolor si la agonía y la angustia de los perdidos fueran características permanentes del nuevo orden?

La presencia de incontables millones que sufren para siempre un tormento indescriptible, aunque eso ocurriera muy lejos del campamento de los santos, sólo serviría para destruir la paz y la felicidad del nuevo mundo. La nueva creación sería defectuosa desde el primer día, puesto que los pecadores permanecerían como una realidad eterna en el Universo de Dios.

El propósito del plan de salvación consiste en desarraigar definitivamente la presencia del pecado y los pecadores de este mundo. Sólo si los pecadores, Satanás y sus demonios son consumidos al fin en el lago de fuego y extinguidos en la segunda muerte, podemos decir que la misión redentora de Cristo está terminada. El tormento eterno lanzaría una sombra permanente sobre la nueva creación.

Nuestra generación necesita desesperadamente aprender a temer a Dios, y ésta es una de las razones que tenemos para predicar el juicio final y el castigo. Precisamente hay que advertir a la gente que los que rechazan los principios de vida de Cristo y la provisión de la salvación, experimentarán al final un juicio terrible y "sufrirán pena de eterna perdición" (2 Tes. 1:9). Necesitamos proclamar las grandes alternativas: vida eter-

na o destrucción permanente. La recuperación del punto de vista bíblico del juicio final puede soltar la lengua de los predicadores porque pueden predicar esa doctrina vital sin temor de presentar a Dios como si fuera un monstruo. ♦

Referencias

¹Para examinar la reciente investigación acerca de la naturaleza del infierno, ver Samuele Bacchiocchi "Immortality or Resurrection? A Biblical Study in Human Nature and Destiny" [¿Inmortalidad o resurrección? Un estudio bíblico acerca de la naturaleza humana y su destino] *Perspectivas Bíblicas* (Berrien Springs, Michigan, 1997), págs. 193-248.

²William V. Crockett, *Four Views of Hell* [Cuatro conceptos acerca del infierno] (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1992), págs. 43-81.

³Billy Graham, *Decision* [Decisión], N° 25, de julio-agosto de 1984, pág. 2. En otro lugar Billy Graham pregunta: "¿No podría ser que el fuego acerca del cual habló Jesús sea una eterna búsqueda de Dios, que nunca logra satisfacción? Eso, en efecto, sería el infierno. Estar separado de Dios para siempre; separado de su presencia". Véase *The Challenge: Sermones dados en el Madison Square Garden* [El desafío: sermones dados en el Madison Square Garden] (Garden City, Nueva York: Doubleday, 1969), pág. 75.

⁴William Crockett, *Ibid.*, pág. 61.

⁵Basil F. C. Anderson, *Life and Immortality: Examination of the Nature and Meaning of Life and Death as they are Revealed in Scriptures* [Vida e inmortalidad: un examen de la naturaleza y el significado de la vida y la muerte tal como lo revelan las Escrituras] (Taunton, Inglaterra: E. Goodman, s/f), págs. 85, 86.

⁶*Ibid.*

⁷John Stott y David Edwards, *A Liberal-Evangelical Dialogue* [Un diálogo evangélico liberal] (Londres: Hodder y Stoughton, 1988), pág. 123.

⁸M. McNamara, *The New Testament and the Palestinian Targum to Pentateuch* [El Nuevo Testamento y el Targum palestinese referido al Pentateuco] (Nueva York: Instituto Bíblico Pontificio, 1978), pág. 123.

⁹John Stott y David Edwards, *Ibid.*, pág. 319

Un modelo de culto

Horne P. Silva

Horne P. Silva es doctor en Ministerio, profesor de Teología, jubilado y reside en San Pablo, Brasil.

El punto de partida de nuestra filosofía acerca del culto debe ser la Biblia. Andrew H. Blackwood dice lo siguiente: "Para estudiar el culto público, el mejor texto es la Biblia. Sus enseñanzas al respecto por lo general son indirectas. El método se basa más en el ejemplo que en el precepto. Las Escrituras están saturadas con el espíritu del culto y tan llenas de ejemplos acerca de cómo cantar y cómo orar a Dios, que algún erudito debería escribir un libro acerca del tema".¹

En las Escrituras encontramos en verdad un rico material acerca del culto, lo cual nos ayuda a estructurar una teología relativa al tema. Es un material tan vasto, que solamente podremos tocar con las puntas de los dedos algunos puntos principales.

En el Antiguo Testamento

El Génesis nos presenta la razón básica de nuestro culto a Dios, a saber, que él es el Creador y nosotros sus criaturas. Aparentemente el Señor quería que nuestra relación con él fuera memorizada, puesto que estableció el sábado como un monumento para que nos acordáramos de la creación. Al separar un día, bendiciéndolo y santificándolo, estableció

que el factor tiempo es fundamental en el culto. El primer símbolo del culto que se les dio a los hombres no era un árbol, ni una piedra, ni un edificio, ni un altar, ni siquiera un animal, sino las veinticuatro horas que componen el séptimo día. ¿Hay algo que sea más básico y universal que el tiempo? Ni la geografía, ni la cultura, ni el transcurso de los años lo pueden cambiar. Para el hombre, el tiempo es algo fundamental.

Pero Dios le dio al hombre algo más que un día santo. Se dio a sí mismo. Era el compañero de Adán y de Eva en el jardín del Edén. La relación entre el Creador y la criatura era cordial, muy personal. Después de la entrada del pecado en el mundo, el culto al Señor continuó, pero de manera diferente. Hasta ese momento hubo una comunión perfecta e ideal. Dios y el hombre podían hablar cara a cara (Gén. 3:8-10).

Con posterioridad surgió entre Dios y el hombre la barrera del pecado. Este último se separó de Dios, y si no hubiera sido por la puesta en marcha del plan de salvación, se habría separado para siempre del que lo creó.

Para que los humanos pudieran mantener su contacto con Dios y rendirle culto, el Creador recurrió a símbolos que representaban la redención del hombre caído. Así entraron en la figura del culto el altar y el cordero.

En la experiencia de Caín, cuya ofrenda Dios rechazó, se manifestó la primera lección definida de que el

culto tiene un significado teológico. Es más que un gesto espontáneo hecho por el hombre a su manera. Debe estar en armonía con el conjunto de revelaciones que Dios le ha dado de forma específica. Y el conjunto de todo eso es la liturgia.

A medida que la población humana se multiplicaba y crecía, el culto se volvió progresivamente más complejo; "...entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová" (Gén. 4:26). Cuando vivía Enós, nieto de Adán, "en ese tiempo el culto comenzó a ser más formal".²

Los hombres, naturalmente, ya habían invocado el nombre de Jehová antes del nacimiento de Enós. Pero a partir de ese momento se manifestó con frecuencia una diferencia más marcada en el Antiguo Testamento entre los que adoraban a Dios y los que lo negaban con relación al culto público, tal como lo ejemplifican los siguientes pasajes: Sal. 76:6; 116:17; Jer. 10:25; Sof. 3:9.

Cuando salió del arca, Noé le rindió culto al Señor (Gén. 8:20-22), a lo que siguió la revelación del mismo Dios a Noé, y su bendición. Ese tipo de culto es evidente en el Antiguo Testamento. En Génesis 12:7 está escrito: "Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido". El culto del patriarca fue una reacción, una consecuencia de la revelación de Dios. En Génesis 13:14 al 17 se repiten las promesas de Dios a Abram, y el texto termina con estas conocidas

palabras: “Y edificó allí altar a Jehová” (Gén. 13:18).

Cuando Jacob se encontró con el Señor en Betel —palabra que significa “casa de Dios”— justamente en el lugar donde 162 años antes Abram había invocado “el nombre del Señor”, su reacción consistió en levantar un pilar —un altar—, que ungió con aceite, y formular un voto ante Dios.

Estos pocos incidentes nos enseñan cómo era el culto antes de Moisés. Era más una reacción espontánea, una respuesta del hombre a un encuentro personal con Dios. No era un culto que tuviera como propósito apaciguar a un Dios al cual se temía, como era el caso de los paganos, sino expresar una amorosa gratitud por el amor de Dios que se había manifestado. Los símbolos eran sencillos: un altar, un cordero, una piedra, un pilar, una columna e inclinar la frente en un lugar al que se le daba el nombre de “casa de Dios”.

Era, por lo tanto, un culto personal y bien real. Dios aparecía muy cerca del hombre, y éste reaccionaba ofreciéndole su culto. Durante la era mosaica el culto siguió siendo personal; pero se añadieron algunas ceremonias, ya que ahora se trataba de una nación.

Moisés se encontró con Dios en la zarza ardiente, y recibió la orden de descalzarse porque el lugar en que estaba era santo. Cuando Aarón le dijo a esa nación de esclavos que el Señor estaba a punto de librarlos, ellos “se inclinaron y adoraron” (Éxo. 4:31). Cuando Moisés y Aarón salieron para encontrarse con Faraón, le pidieron que le diera libertad a Israel para rendirle culto a Dios.

Tan pronto como Israel obtuvo su libertad, se instituyó el rito de la Pascua. Dios les dijo: “Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre” (Éxo. 12:24).

En cuanto Israel hubo cruzado el

Mar Rojo, Moisés y el pueblo entonaron un himno de alabanza y adoración a Dios. Mientras estuvo en el desierto, a Israel se le recordó, mediante el milagro del maná, su responsabilidad de adorar a Dios en un día determinado. Cuando el Señor dio la ley en el Sinaí, los cuatro primeros mandamientos expresaban con claridad cómo se debía adorar a Dios. Los libros de Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio se refieren con bastante extensión al tema del culto y la moral. El culto mosaico, tal como aparece esbozado en el Pentateuco, está constituido por sábados, días de fiesta especiales, un Día de la Expiación, un sacerdocio y un santuario. Era un culto que se basaba en la teología, que incluía la trascendencia de Dios, la condición pecaminosa del hombre, la gracia del Señor y la necesidad del perdón.

La perversión del culto apareció en el caso del becerro hecho por Aarón. Fue un incidente muy grave, porque desde el punto de vista de la teología significaba una desviación muy seria del culto prescrito por el Señor. Ese becerro no era el Dios que había sacado a Israel de Egipto. El pecado de Aarón fue muy similar al de Caín, al sustituir el culto revelado de Dios por uno inventado por el hombre.

En el desierto el Señor ordenó que se erigiera un tabernáculo, un lugar para que fuera su morada (Éxo. 25:8). En esta orden encontramos implícitos los siguientes asuntos:

1. El establecimiento de un lugar definido de adoración.
2. Un sistema de adoración completo y hasta complejo.
3. Exigencias para la obtención del perdón.
4. Manifestación del amor a Dios: ofrendas.
5. Comportamiento apropiado en la presencia de Dios.
6. Un ministerio para el desarrollo de una tarea específica: el sacer-

docio.

7. Un gran sistema de símbolos.

La última actividad de Moisés en público fue un himno de adoración (Deut. 32), en el cual cinco veces se refirió a Dios como una “Roca”. “Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud” (Deut. 32:4). Ése era un culto en el más alto sentido de la palabra.

Durante la era mosaica el culto se volvió más complejo, paralelamente al desarrollo teológico. El santuario se volvió más importante a medida que la nación se desarrollaba; al mismo tiempo se volvió parte integral del programa de culto. El tema central era de carácter personal. A pesar de que los detalles estaban minuciosamente prescritos, sólo había una oración predeterminada, a saber, la bendición sacerdotal (Núm. 6:24-26). Ese tipo de culto tenía un propósito especial. “De este modo, en el servicio del tabernáculo, y en el de templo que posteriormente ocupó su lugar, se enseñaban diariamente al pueblo las grandes verdades relativas a la muerte y al ministerio de Cristo, y una vez al año se llevaban sus pensamientos hacia los acontecimientos finales de la gran controversia entre Cristo y Satanás, y hacia la purificación final del universo, que lo limpiará del pecado y de los pecadores”.³

La historia de Israel, desde la conquista de Canaán hasta el cautiverio, está marcada por una lucha constante relativa al culto. Un problema que se presentó fue la atracción del culto de Baal, caracterizado por una moral muy baja, pero con una liturgia fascinante. Era volver al becerro de oro de Aarón y todo lo que representaba. Los jueces de Israel atacaron ese problema con severidad. Samuel fundó las escuelas de los profetas, uno de cuyos propósitos era la conservación del culto del Señor. La lucha de Elías tuvo que ver principalmente con los cultos falsos.

La apostasía comenzó a entrar en

el campamento de Israel cuando empezaron a adorar los símbolos en lugar de adorar a Dios. El culto degeneró hasta convertirse en un formalismo vacío, desprovisto de significado, con una norma moral muy baja. Por eso los profetas del siglo VIII a.C. se levantaron contra el formalismo sin contenido de la religión judía. El profeta Amós cita al mismo Dios cuando dice: "Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofrecieris vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quitá de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo. ¿Me ofrecisteis sacrificios y ofrendas en el desierto en cuarenta años, oh casa de Israel? Antes bien, llevabais al tabernáculo de vuestro Moloc y Quiún, ídolos vuestros, la estrella de vuestros dioses que os hicisteis. Os haré, pues, transportar más allá de Damasco, ha dicho Jehová, cuyo nombre es Dios de los ejércitos" (Amós 5:21-27).

Oseas, Miqueas y otros profetas peritieron por un buen tiempo y muchas veces esas mismas advertencias de Dios, pero sin mucho resultado. "Los servicios del templo prosiguieron como en los años anteriores, y las multitudes se reunían para adorar al Dios vivo; pero el orgullo y el formalismo poco a poco tomaron el lugar de la humildad y la sinceridad".⁴

Los profetas no atacaron el sistema de sacrificios. Lo que combatieron con esfuerzo y energía fueron los abusos. El culto quedó sepultado bajo la formalidad litúrgica. Las modas de ese tiempo reemplazaron los principios revelados. Como consecuencia de ello, se apartaron del verdadero culto, y terminaron en el cautiverio y el exilio, a pesar de los intentos de reforma de Josías, Jeremías y Ezequiel.

Israel tuvo que aprender en la du-

reza del exilio. En tierras distantes y extranjeras, con nostalgia de la patria, resolvió volver a Dios, ofreciéndole un culto verdadero. Se curó de la idolatría, y por consiguiente regresó a la tierra prometida.

Después del regreso del cautiverio babilónico se restablecieron el templo y el sacerdocio. Pero entonces el pueblo se fue a otro extremo, y le dio un énfasis desmesurado a la ley. En lugar del énfasis espiritual enseñado por los profetas, desarrollaron una nueva modalidad de formalismo, con lo que la religión judía llegó a ser la más ritualista y legalista de su tiempo. Esa fue precisamente la religión que encontró Jesús en sus días, con un ritualismo sostenido por un intrincado sacerdocio, y el legalismo a su vez por los escribas, que adoraban la ley.

A pesar de todas las fallas de Israel, el Antiguo Testamento nos presenta muchísimo material acerca del culto. Las mismas fallas de los israelitas contienen preciosas lecciones acerca de la verdadera adoración. El Antiguo Testamento es prácticamente el único texto de la antigüedad que se preservó que nos muestra el culto que se le rendía al Dios único, sin ídolos de ninguna clase, basado en el amor y con un nivel moral muy elevado. El ritual del Antiguo Testamento varía de acuerdo con la época y el lugar, desde el sencillo voto formulado por Jacob junto a una columna de piedra, hasta el complicado culto del templo de Salomón.

En todas esas variaciones encontramos la revelación de un Dios poderoso, lleno de amor y con un propósito evidente. El culto del Antiguo Testamento tenía orientación teológica; y cuando los adoradores no estaban seguros de su teología, éste perdía su significado. Cuando los profetas de Dios reavivaban las verdades teológicas, el culto volvía a adquirir su forma. Por eso, la revelación del Antiguo Testamento no debe ser relegada al desprecio o a la indiferencia.

En el Nuevo Testamento

No hay nada mejor para introducir el tema del culto en la era apostólica que la siguiente declaración de Elena de White: "Cristo vio que algo debía hacerse. Habían sido impuestas numerosas ceremonias al pueblo, sin la debida instrucción acerca de su significado. Los adoradores ofrecían sus sacrificios sin comprender que prefiguraban al único sacrificio perfecto. Y entre ellos, sin que se lo reconociese ni honrase, estaba Aquél al cual simbolizaba todo el ceremonial. El había dado instrucciones acerca de las ofrendas. Comprendía su valor simbólico, y veía que ahora habían sido pervertidas y mal interpretadas. El culto espiritual estaba desapareciendo rápidamente. Ningún vínculo unía a los sacerdotes y gobernantes con su Dios. La obra de Cristo consistía en establecer un culto completamente diferente".⁵

El templo en los días de Cristo era el nexo entre el culto que se rendía entonces y el antiguo culto de Israel. Los servicios del templo de Salomón incluían los del tabernáculo del desierto. Jesús, como buen judío, comenzó a acudir desde niño al centro del culto, vale decir, al templo, y siguió haciéndolo a lo largo de su vida. Constantemente enseñaba en sus atrios, y asistía a los servicios religiosos. Llegó inclusive a pagar el impuesto del templo. En ese mismo lugar llevó a cabo un acto de purificación, mediante el cual expulsó del templo a los vendedores, y dijo que ese edificio debía haber sido considerado como una "casa de oración", y no un lugar para practicar una forma de comercio. Lo identificó como "la casa de mi Padre".

Al parecer, había cierta aprensión de parte de los religiosos que enseñaban en cuanto a la manera como Jesús se relacionaba con el templo. En la conversación que mantuvo el Maestro con la mujer samaritana se puede descubrir la actitud de él hacia el templo cuando dijo: "Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni

en Jerusalén adoraréis al Padre... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:21, 23, 24).

Esa era una clase de culto totalmente diferente. “Los hombres no se ponen en comunión con el cielo visitando una montaña santa o un templo sagrado. La religión no ha de limitarse a las formas o ceremonias externas. La religión que proviene de Dios es la única que conducirá a Dios. Con el fin de servirle debidamente, debemos nacer del Espíritu divino. Esto purificará el corazón y renovará la mente, dándonos una nueva capacidad para conocer y amar a Dios. Nos inspirará una obediencia voluntaria a todos sus requerimientos. Tal es el verdadero culto. Es el fruto de la obra del Espíritu Santo. Por el Espíritu es formulada toda oración sincera, y una oración tal es aceptable para Dios. Siempre que un corazón anhela a Dios, se manifiesta la obra del Espíritu, y Dios se revelará a esa persona. Él busca adoradores tales. Espera para recibirlos y hacerlos sus hijos e hijas”.⁶

Cuando clavaron a Jesús en la cruz, el velo del templo se rasgó de arriba abajo. Los servicios realizados en el templo habían cumplido su propósito. La realidad había llegado. Desde ese día en adelante, cualquiera podía acercarse a Dios sin necesidad de recurrir al ministerio del sacerdote (Apoc. 1:6). Esa experiencia no se limitó a una zona geográfica. En cualquier lugar de la Tierra el hombre se puede acercar a Dios en espíritu y en verdad. Esa portentosa realidad ejerce una gran influencia sobre el culto divino. El templo, el altar, los sacrificios de animales, los sacerdotes, las vestimentas, todo eso perdió su significado. “Dios no podía hacer ya más nada para el hombre por medio de ellos. Todo el sistema debía ser desechado”.⁷

Creemos que el culto del Nuevo Testamento, que debe ser nuestro modelo, se caracterizaba por la devoción y la difusión del mensaje. El culto no era meramente estático; también era estético. Debe ser hermoso y ordenado, pero al mismo tiempo maravillosamente funcional.

Pero el disgusto de Jesús no se limitaba a los servicios del templo. Desde el regreso del exilio babilónico los judíos comenzaron a adorar a Dios en las sinagogas.

En efecto, las sinagogas funcionaban como iglesias locales. Estaban ubicadas en cada comunidad, donde la gente podía adorar a Dios personalmente o en grupos, semana tras semana e incluso diariamente, sin los largos viajes al templo y sin los sacrificios. De esta manera la sinagoga llegó a ser el centro de las actividades religiosas de la comunidad, y ofrecía un culto más racional que el del templo.⁸

El Talmud declara que sólo en Jerusalén había 480 sinagogas, lo que nos da una idea de su popularidad y su influencia.⁹

Jesús concurrió a la sinagoga y, lógicamente, también visitaba el templo. En una sinagoga predicó uno de sus primeros sermones (Luc. 4:16-30). Sin embargo, no estaba satisfecho con la clase de culto que veía ahí. Su más enfática condenación la dirigió a los que amaban y buscaban los primeros lugares en las sinagogas (Mat. 23). Se refirió a los que “aman el orar en pie en las sinagogas” (Mat. 6:5). Con vehemencia criticó las vanas repeticiones.

El culto en la sinagoga, en tiempos de Cristo, consistía en la invocación, una oración principal recitada por todos los concurrentes bajo la dirección de un miembro oficiante de la congregación, oraciones voluntarias especiales de acuerdo con el día ofrecidas por los guías, intercaladas con oraciones principales, oraciones cortas que se

llamaban de “atribución” y acciones de gracias. Muchas de esas oraciones, ciertamente la mayoría, habían llegado a ser fijas, tanto en la forma como en el contenido, y su propósito era puramente litúrgico. Se las escribía para que se las memorizara, y pasaban de una generación a otra por medio de la tradición oral.

Los rabinos también elaboraron disposiciones para reglamentar los movimientos y las actitudes durante la oración, lo que se seguía meticulosamente. Los dirigentes y la gente en general repetían sábado tras sábado las mismas oraciones a través de los mismos procedimientos y actitudes. Para modificar esa situación, Jesús dijo: “Vosotros, pues, oraréis así” (Mat. 6:9), y les enseñó el Padrenuestro. Hasta hoy sus seguidores recitan de memoria esta oración formal. Pero la dio, no para que se la repitiera, sino como ejemplo, para mostrar la forma y el contenido de una oración espontánea, lo que tampoco significa que esa oración modelo nunca se deba repetir.

A pesar de que Jesús condenó de muchas maneras el tipo de sinagoga que existía en sus días, en la iglesia cristiana primitiva se continuó con la liturgia judía, la cual no era el modelo deseado por Jesús. Cristo vino a establecer algo completamente diferente. Reconocía, tal como los profetas del Antiguo Testamento, la importancia ética del culto. Lo enseñó de manera dramática cuando dijo: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo con-

tra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda" (Mat. 5:23, 24).

Aquí tenemos la descripción del culto verdadero y de cómo se lo debe practicar. Primero hay que arreglar lo que está mal, y recién después se presenta la ofrenda. No se trata en absoluto de esperar ni postergar, sino que inmediatamente hay que poner las cosas en orden. Después se puede ir a comulgar con Dios. Esa clase de culto era completamente diferente de lo que los judíos acostumbraban hacer en tiempos de Jesús.

Lo que los profetas habían enseñado siglos antes, Jesús trató de ponerlo en práctica. El orgullo, el odio, la impureza, todo eso debía desaparecer antes de entrar en comunión con Dios.

La actitud de Jesús con respecto a la tradición relativa a la purificación y al lavamiento de las manos también es sumamente significativa. Estaba más preocupado de lo interior que de las formas exteriores. "Es la mala acción, la mala palabra, el mal pensamiento, la transgresión de la ley de Dios, y no la negligencia de las ceremonias externas ordenadas por los hombres, lo que contamina a un hombre".¹⁰

Hacia el final de la vida del Maestro en la Tierra, él estableció tres símbolos que han sido usados por los cristianos en su culto. Los dos primeros: el pan y el vino, los usan casi todas las comunidades cristianas. El otro es la toalla, que la usan muy pocos cristianos. Esos símbolos son elocuentes en su sencillez. El pan y el vino nos hablan de alimento; la toalla, de limpieza. Al establecer el servicio de la comunión, Jesús tenía la intención de manifestar su gracia, la necesidad del amor redentor, un recordativo de su vida, su obra y su muerte en favor de sus seguidores. Jesús estableció una nueva forma de culto, que partía del sistema del Antiguo Testamento, que había servido para su propósito. Aunque esa forma de culto abarcaba

las enseñanzas de los profetas, tenía un nuevo contenido, porque había llegado el Deseado de todas las gentes. Ese factor completamente diferente está simbolizado por la Cena del Señor, y es un recordativo permanente de la expiación que él llevó a cabo.

Este nuevo tipo de culto afectó en gran medida a los seguidores de Cristo después de su partida. La primera reunión que tuvieron después de su ascensión se caracterizó por oraciones y súplicas. En la segunda vino el derramamiento del Espíritu Santo y el sermón de Pedro, que resultó en un bautismo masivo. Hechos 2:42 nos dice que "perseveraban... en la comunión... en el partimiento del pan y en las oraciones".

Celebraban sus cultos en el templo, en casas particulares. Estos consistían en acciones de gracias y testimonios personales. Los sermones se predicaban en los lugares más extraños, como frente al Sanedrín, por ejemplo —a pesar del peligro de lapidación pública—, e incluso en las cárceles y en cualquier lugar según la necesidad del momento. El énfasis estaba puesto en el testimonio de la resurrección de Cristo. La Santa Cena se celebraba a veces de manera indebida. El culto además incluía de todo: diversas lecturas de la Biblia, himnos, ofrendas, oraciones, manifestaciones de éxtasis, bautismos, testimonios, etc.

Oscar Cullman dice que "en el libro de Hechos (Hech. 2:42-46; 20:7) se mencionan tan claramente la instrucción, la predicación, la oración y el partimiento del pan, que podemos llegar a la conclusión de que esos elementos eran, desde el mismo principio, el fundamento de todo el culto de la comunidad cristiana".¹¹

En consonancia con el culto apostólico, Ilion T. Jones declara lo siguiente: "Se admite que la forma del culto de la sinagoga se seguía (en el culto cristiano) de manera general, pero el culto cristiano era algo más. La Cena del Señor no era un culto derivado del de la sinagoga, con algu-

nos ingredientes más; contiene un nuevo ingrediente de calidad y fuerza diferentes. Por no disponer de un término mejor, le daremos a ese nuevo ingrediente el nombre de 'espontaneidad'. Eso le ponía vida al culto del Nuevo Testamento, lo volvía dinámico, entusiasta, íntimo, amoroso, y lo distinguía de los otros tipos de culto".¹²

En contraste con esto, el culto del templo no dejó ningún rastro en el culto cristiano, principalmente por dos razones. En primer lugar, la inmensa mayoría de los judíos de la diáspora (la dispersión) nunca asistieron a un culto en el templo. Incluso en Palestina, el verdadero culto de adoración, en tiempos de Cristo, se practicaba en las sinagogas. Para los cristianos de origen gentil el templo significaba muy poco. En segundo lugar, cerca de cuarenta años después de la crucifixión de Jesús, los romanos destruyeron el templo, y nunca más se lo reconstruyó. La sinagoga, sin embargo, persistió.

Mientras que en el templo se ponía más énfasis en la ley, en la sinagoga se prestaba mayor atención a los escritos de los profetas. Por eso, Jesús un sábado "entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías" (Luc. 4:16, 17).

William D. Maxwell presenta los siguientes elementos del culto cristiano que derivaron directamente de la sinagoga:

1. Lectura y enseñanza de las Escrituras (1 Tim. 4:13; 1 Tes. 5:27; Col. 4:16).
2. Salmos e himnos (1 Cor. 14:26; Efe. 5:19; Col. 3:16).
3. Oraciones en conjunto (Hech. 2:42; 1 Tim. 2:1, 2).
4. El "amén" dicho en coro por todos los concurrentes (1 Cor. 14:16; Hech. 20:7).
5. Confesión de fe, lo que no era necesariamente la repetición de un credo (1 Cor. 15:1-24; 1 Tim. 6:2).
6. Ayuda a los pobres; posiblemente-

te ofrendas (1 Cor. 16:1, 2; 2 Cor. 9:10-13; Rom. 15:20).

La cristiandad, ulteriormente, añadió otros elementos:

1. La celebración de la Santa Cena (1 Cor. 10:16; 11:23; Mat. 26:26-28; Mar. 14:22-24; Luc. 22:19, 20).

2. Oración en conjunto, incluidas las acciones de gracias (Luc. 22:19; 1 Cor. 11:23; 14:16; 1 Tim. 2: 1).

3. Recuerdo de la muerte y la resurrección de Cristo (Hech. 2:42; Luc. 22:19; 1 Cor. 11:23, 25, 26).

4. Oración de intercesión (Juan 17).

5. El Padrenuestro, posiblemente recitado (Mat. 6:9-13; Luc. 11:2-4).

6. La separación de los hombres de las mujeres; los hombres con la cabeza descubierta y las mujeres cubiertas con un velo (1 Cor. 11:6, 7).

7. Oraciones de pie (Fil. 1:27; Efe. 6:14; 1 Tim. 2:8).¹³

Culto y servicio

Gaines Dobbins, del Golden State Seminary, presenta excelentes pensamientos con respecto al culto del Nuevo Testamento y su significado.¹⁴

Según él, en el primer siglo los cristianos se reunían con el fin de conservarse en contacto con la realidad. Vivían en circunstancias difíciles, pero daban su testimonio a pesar de todo. Dentro de la misma iglesia había disensiones y herejías. Había que conservar y entender el culto sin disminuir el ardor y el entusiasmo, los que, por sí solos, los podría llevar al fanatismo y a los extremismos. El bautismo y la Cena del Señor debían ser conservados para que no se pervirtieran. La salvación por la gracia de Dios en Cristo por medio del arrepentimiento y sólo por fe debía conservarse a pesar de todas las contiendas de los judaizantes.

Cuando la iglesia se reunía, no lo hacía sólo para oír un sermón o cantar himnos y elevar acciones de gracias; era una cuestión seria en la que todos los creyentes bautizados tenían el privilegio y la responsabilidad de participar. Y esa participación era la esencia

del culto. Buscaban la dirección divina y la vida de la iglesia era importante para los intereses del hombre. Los cristianos del primer siglo se reunían para edificación. Se sabía que los cristianos necesitaban que se los edificara, y querían crecer. Seguían el ejemplo de Cristo, que recorría "todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mat. 9:35).

El culto era el corazón palpitante de la iglesia.

¿Cómo se dio el crecimiento del cristianismo? De acuerdo con la práctica de Jesús, la iglesia enseñaba, predicaba y sanaba. Al seguir el ejemplo del Señor, los cristianos deben salir del culto listos para llevar a cabo estas actividades. Pero para enseñar, hay que enseñarle al maestro primero. Si alguien va a predicar, debe oír primero alguna predicación. Si se dedica al ministerio de la sanidad, se lo debe sanar primero. Ése era el corazón del propósito expansivo de la iglesia cristiana. Una iglesia poderosa está constituida por miembros que se reúnen con espíritu de culto, para recibir enseñanza e inspiración, y con el fin de salir para llevar a otros lo que ellos mismos recibieron.

Parece que Dobbins acertó en cuanto a la esencia del culto del Nuevo Testamento. Las referencias al culto cristiano de aquel tiempo revelan que el servicio religioso era sumamente variado en su forma. Tal vez los cristianos participaban de reuniones de reavivamiento, de conferencias evangelizadoras, de reuniones de negocios, de reuniones de testimonios, de reuniones de oración o del servicio misiónero. La gente que asistía a las reuniones tenía que enfrentar dos problemas inmediatos: la supervivencia y el testimonio. El problema de ellos era que formaban parte de una minoría pequeña y odiada, que trataba de promover y difundir su mensaje en medio de un mundo indiferente y hasta

hostil.

No iban a la iglesia para que se los anestesiara, sino para ser vigorizados y recibir nuevas fuerzas. Reconocían que tenían una misión que cumplir, y su culto estaba centrado en Cristo, el autor de esa misión. Con eso en mente, Dobbins declara además que "el culto del Nuevo Testamento estaba inseparablemente unido al servicio".¹⁵ Y ése fue precisamente el elemento diferente que Jesús introdujo en el culto cristiano.

Jamás debemos introducir una filosofía del culto completamente divorciada de la realidad de las actividades cristianas. Creemos que el culto del Nuevo Testamento, que debe ser nuestro modelo, se caracterizaba por la devoción y la difusión del mensaje. El culto no era meramente estático; también era estético. Debe ser hermoso y ordenado, pero al mismo tiempo maravillosamente funcional. ♦

Referencias

¹ Andrew W. Blackwood, *The Fine Art of Public Worship* [El delicado arte del culto público], pág. 32.

² *Comentario bíblico adventista*, t. 1, pág. 244.

³ Elena de White, *Patriarcas y profetas*, pág. 372.

⁴ _____, *Profetas y reyes*, págs. 303, 304.

⁵ _____, *El Deseado de todas las gentes*, pág. 130.

⁶ *Ibid.*, págs. 159, 160.

⁷ *Ibid.*, pág. 27.

⁸ Ilion T. Jones, *A Historical Approach to Evangelical Worship* [Un enfoque histórico del culto evangélico], págs. 32-36.

⁹ *The New Schaff Herzog Religious Encyclopaedia* [La nueva enciclopedia religiosa Schaff Herzog], t. 11, pág. 312.

¹⁰ Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, pág. 363.

¹¹ Oscar Cullman, *Early Christian Worship* [El culto cristiano primitivo], pág. 12.

¹² Ilion T. Jones, *Ibid.*, pág. 85.

¹³ William D. Maxwell, *An Outline of Christian Worship: Its Development and Forms* [Un bosquejo del culto cristiano: Su desarrollo y sus formas], págs. 4, 5.

¹⁴ Gaines Dobbins, *The Church at Worship* [La iglesia en adoración], págs. 18-20.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 33.

Cierre la puerta de atrás

René Sand

René Sand es director asociado de Ministerio Personal y Escuela Sabática de la División Sudamericana.

¿Por qué escribir acerca de las maneras de prevenir la apostasía?

Para nosotros, la predicación del evangelio es el eje en torno del cual se mueve la iglesia. Entendemos que ésa es la razón por la cual Jesús la instituyó. Su misión consiste en predicar el evangelio a toda nación, tribu, lengua y pueblo y, al concluir esa tarea, será reemplazada por el reino eterno de Cristo.

Una de las cosas maravillosas de la iglesia es que siempre está empeñada en atraer conversos, para bautizarlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en cantidades cada vez mayores. Jamás debemos perder esa mentalidad, pues si lo hacemos perdemos nuestra razón de ser.

Pero si la iglesia hubiera retenido a todas las personas que bautizó, ¿cuántos miembros tendría hoy? ¡Ésta es la cuestión crucial! Queremos tratar este tema de forma práctica, fundada en la experiencia diaria de la iglesia. No vamos a concentrar la discusión sobre el tema en sí, sino en lo que podemos hacer para evitarlo. Proponemos una vacuna y no paliativos,

pensando en el aforismo: “Es mejor prevenir que curar”.

Las causas

Generalmente cuando alguien se refiere a la necesidad de prevenir las apostasías, surge la idea de estudiar más las doctrinas características de la iglesia, con el fin de confirmar a los creyentes. Es costumbre, cuando termina una campaña de evangelización, organizar con este objeto una clase de estudios más avanzados. Es claro que toda iniciativa para estudiar la Biblia y conocerla mejor siempre es bienvenida; pero la apostasía no es básicamente un problema de falta de conocimiento de las doctrinas, ya que se producen apostasías entre personas de elevado conocimiento bíblico.

La apostasía es fundamentalmente un problema social, no teológico. Sólo el 2% de la gente que deja la iglesia lo hace porque no cree en sus enseñanzas. El 98% restante abandonó la fe porque tuvieron problemas de relación, y generalmente lo expresan afirmando: “En la iglesia no existe el amor”, “Nadie se preocupó de mí cuando estaba con problemas”, “Me sentí solo, ya que perdí a mis amigos cuando me hice creyente”, “En la iglesia hay grupos de amigos, muy cerrados, que no le dan oportunidad a los demás”.

Vivimos en un mundo superpoblado. Estamos en una era de co-

municaciones rápidas, por medios que antes ni siquiera podíamos imaginar. El éxodo rural saca a la gente del campo y produce aglomeraciones en las ciudades, que crecen de forma descontrolada. Paradojalmente, la gente se siente cada vez más solitaria. Es bueno recordar que la iglesia está llena de estas personas: viudos, divorciados, solteros, individuos que reflejan la realidad del mundo, y que están buscando la solución de sus problemas.

La soledad es una enfermedad generalizada en el mundo actual, porque el hombre no fue creado para vivir solo. Dios mismo dijo: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gén. 2:18). Y eso va más allá del matrimonio, porque un hombre y una mujer que se casan no terminan siendo sólo dos personas. En verdad, son la base de la familia, que es la célula de la sociedad. Fuimos creados para vivir en sociedad, y a esa necesidad la llamamos “instinto gregario”.

La sociedad está tratando de solucionar el problema, y sugiere diferentes formas de acción. La ciencia tiene su forma de intentar resolver esta enfermedad, tan generalizada, por medio de la psiquiatría y la psicología. Existen profesionales preparados que se dedican a oír a estas personas para orientarlas y encontrar la solución de sus inquietudes. Pero por encima de todo esfuerzo e ingenio humanos está el ejemplo de Jesucristo. Se refirió a

todo lo que estuviera relacionado con el bienestar humano, social e individual. Era sumamente sociable, y lograba que los que quisieran estar con él se sintieran muy bien. Usó un método que no se puede mejorar, sino que se lo debe seguir con la total seguridad de alcanzar el éxito. Se trata de la "empatía".

Si existe una institución que no puede fallar en la aplicación y el desarrollo de este método, es precisamente la iglesia.

La voz de los estudios prácticos

Los estudios realizados en el área del crecimiento de la iglesia nos dan informaciones que nunca se habían conocido antes, que nos ayudan a encontrar las causas de algunos problemas detectados en las congregaciones. Uno de esos estudios demuestra que en los primeros seis meses después de su bautismo, una persona define si va a seguir en la iglesia o si la va a abandonar. Si en ese período recibe de la iglesia amigos que reemplacen a los amigos y familiares que perdió o que lo abandonaron por causa de la fe que abrazó, ciertamente permanecerá. En caso contrario, se irá.

Otro estudio revela que una persona lucha por dos años para integrarse a la familia de la fe. En ese período, o sus familiares y amigos se vuelven creyentes, o la iglesia le proporciona nuevos amigos. Si eso no pasa, va intentar satisfacer esa necesidad fuera de la nueva comunidad.

Analicemos de forma práctica la experiencia de un nuevo miembro de iglesia que se bautizó en un fin de semana cualquiera. Es el único adventista de la casa; enfrenta la oposición de la familia; los amigos se apartan de él porque su estilo de vida es ahora completamente diferente. El primer viernes por la noche después de su bautismo quiere

hacer el culto de recepción del sábado y apartarse de todo lo que interfiere con su relación con Dios. Pero la familia escucha la misma música de antes, enciende el televisor, sigue con la misma clase de conversación y, ¿qué se puede hacer? Se va a un lugar reservado de la casa, hace su culto solo, medita, come algo y se va a dormir más temprano que de costumbre.

El sábado llega temprano a la iglesia, se sienta en algún lugar que termina siendo su clase de escuela sabática. El maestro, que por casualidad no asistió al bautismo, pasa la lista de costumbre y le pregunta si es visita. Él no entiende nada; el día del bautismo le dijeron "hermano", lo felicitaron con simpatía, le dieron un regalo e hicieron una fiesta.

Cuando termina el culto, todos los conocidos se saludan, forman un círculo de amigos y se dedican a esas conversaciones tan beneficiosas y necesarias, propias del encuentro sabático, y que satisfacen nuestras necesidades sociales. Inmediatamente se va a su casa, se encierra en su habitación, descansa un poco hasta el momento de ir al encuentro joven. Al final del programa sucede algo maravilloso en la iglesia: la actividad social del sábado por la noche con esos grupos de amigos que conversan con alegría, mientras comparten los acontecimientos positivos y negativos, y juegan juntos.

Pero, ¿dónde podemos ubicar al nuevo converso en esta feliz confraternización? Allí los grupos son más cerrados que en los encuentros fortuitos que se producen después del culto. Él camina por un momento entre esos diferentes grupos y en medio de esas actividades, pero no recibe tanta atención como esperaba. Hay tanta gente confraternizando, y a pesar de eso se siente solo, y se va a casa más temprano. ¿Qué hará? Los amigos de

antes lo dejaron; la familia no lo acepta muy bien porque, según ellos, se volvió un aburrido antisocial. Le queda la soledad.

Cuando está alegre, ¿con quién puede compartir esa alegría? Si está triste, ¿en quién puede confiar? Si hace proyectos, ¿quién lo puede aconsejar? Necesita satisfacer sus necesidades sociales, y por eso la iglesia debe desarrollar un programa para recibir a esos nuevos hermanos, para compensar lo que "perdieron" al aceptar a Cristo y al comprometerse a adoptar un nuevo estilo de vida.

Es necesario que se desarrolle muy claramente en la iglesia el concepto de que la obra en favor de una persona no termina cuando se bautiza, si queremos que la puerta de la apostasía se cierre definitivamente. Esto es tan importante como dar estudios bíblicos a los que no conocen a Cristo. Nuestro objetivo no es sólo bautizar gente sino salvarla. El bautismo es sólo parte de ese proceso. Los individuos se tienen que integrar a la iglesia; tienen que convertirse en discípulos como resultado de la convivencia cristiana.

Responsabilidad individual

Generalmente hablamos acerca de lo que la iglesia tiene que hacer para evitar las apostasías, pero nosotros componemos la iglesia. La iglesia soy yo. Entonces este problema debería ser mi preocupación, y debo averiguar qué puedo hacer con el fin de solucionarlo. Si le ofrezco mi amistad a una persona que se acaba de bautizar, estaré haciendo mi parte para que permanezca en la congregación. Pero, ¿qué implicaciones tiene este gesto mío? Es posible que tenga que estar dispuesto a pagar cierto precio, cambiar algunas actitudes en mi manera de ser. No debo imaginar, por ejemplo, que porque ya tengo un círculo de amigos con los cuales

me siento feliz, ya no necesito más amigos. Puede ser verdad, pero debo recordar que yo no soy el necesitado sino el nuevo hermano. Tengo que pensar en él y sus necesidades.

La posibilidad de tener un nuevo amigo tiene sus riesgos: no conozco a la persona, ni sé si mis antiguos amigos aceptarán a uno más en el círculo. Debo estar dispuesto a superar esas barreras en favor de la salvación de ese hermano recién llegado a la iglesia. Esto es una obra en favor de la salvación de los demás. Necesito expandir mi círculo social dentro de la iglesia para que entren nuevas personas. La familia aumentó; es necesario hacer ajustes. ¿Qué tal si programamos comidas, recreaciones y excursiones donde podamos estar juntos? ¿O prestamos atención a las enfermedades y los problemas financieros que requieren nuestra ayuda? Nosotros tenemos que estar presentes en esas situaciones. Es posible que el nuevo converso ya no tenga sus antiguos amigos.

Al tratar de integrar al nuevo converso a la comunidad de los creyentes, trate de descubrir qué le interesa, qué prefiere, y planifique sus actividades sociales de tal manera que él se sienta cómodo y feliz.

Bases espirituales

La gestación de un hijo de Dios es un proceso que comienza en el instante cuando se establece el contacto, pasando por el despertar del interés en el evangelio, los estudios bíblicos, las decisiones, hasta el nacimiento, que es el bautismo. Ahí tenemos al bebé espiritual que necesita aprender a vivir como adventista. La madre, es decir, la iglesia, por medio de sus miembros que actúan como amigos, le enseñará el estilo de vida adventista, desde las prácticas más sencillas hasta las más exigentes. Eso se de-

be hacer con el mismo amor, la paciencia, el cariño, la tolerancia y la perseverancia que los padres ejercen cuando se trata de sus propios hijos.

¿Cuántas cosas sabemos hacer cuando nacemos? No sé cómo era su caso, pero yo hacía pocas cosas: comer, dormir, llorar. De allí en adelante tuve que aprender todo lo que sé, y todavía tengo mucho que aprender. ¿Cuánto tiempo nos toma aprender lo básico y conducirnos solos en la vida?

Al tratar con los recién nacidos en la iglesia debemos conservar el equilibrio, ya que muchas veces pensamos que por el hecho de ser personas adultas saben hacer muchas cosas. Inclusive pueden ser profesionales de éxito. Pero en el aspecto espiritual, y en el estilo de vida que la Biblia nos enseña, no tienen experiencia alguna. Por lo contrario, se tienen que desprender de muchas cosas que como consecuencia de años de práctica son más difíciles de olvidar que aprender nuevos hábitos.

En ese proceso de aprendizaje, el nuevo converso necesitará en algunos momentos del cariño y la paciencia de alguien dispuesto a orientarlo. Es desesperante cuando un nuevo creyente no está vestido, por ejemplo, de acuerdo con las normas de la iglesia. Lo peor sucede cuando aparecen algunos "guardianes de los principios", "padres de la iglesia", "madres del Israel moderno", diciendo: "¡Vean al recién bautizado! ¡Miren cómo se viste!" Es normal que el nuevo converso todavía se confunda un poco con la clase de ropa que se usa en diversos lugares, a pesar de ser adulto. Es posible que todavía no haya asimilado debidamente las enseñanzas, o no tenga la ropa adecuada, ni esté en condiciones de comprar ropa nueva. Sólo está usando lo mejor que tiene y haciendo lo mejor que sabe. Pero el ami-

go, con tacto y mucho amor, lo va a orientar para que viva como un adulto espiritual.

Hace poco el nuevo converso se divertía con el mundo. Ahora tiene que ser diferente y no sabe bien cómo hacerlo. Necesita recrearse como cualquiera, y sin duda procurará hacerlo. ¿Qué pasa cuando alguien lo ve en un lugar inadecuado, participando de algo que no condice con nuestros principios? ¿Será esto motivo para un escándalo? Alguien tendrá que preguntarle: "La persona que te dio los estudios bíblicos, ¿no te dijo que eso no se hace?" Recordemos: sólo se trata de un bebé espiritual. ¿Cuántas veces les tenemos que repetir a nuestros hijos lo que queremos que hagan, hasta que aprenden?

La mejor solución no es llevar el asunto a la junta de la iglesia, sino considerar la necesidad de que alguien se ponga a su lado y le enseñe, por precepto y ejemplo, cómo podemos recrearnos según la orientación que nos da la Biblia.

Aun cuando haya sido orientado en el curso de los estudios bíblicos acerca de que todas las compras se deben hacer hasta el viernes, y que entre la puesta del sol de ese día y la del sábado no compramos ni vendemos nada, puede ser que algún sábado de mañana el nuevo converso llegue a la iglesia con algunos productos que compró en la feria que queda entre su casa y el templo. Aprovechó que estaba de paso, y hasta le pidió al diácono que le guardara los paquetes hasta la terminación del culto. El bebé sólo hizo algo equivocado, y echarlo a la calle sería un escándalo mucho mayor. Alguien tendrá que enseñarle con paciencia, amor y perseverancia.

Sí, alguien tendrá que enseñarle a trabajar, descansar, relacionarse con el otro sexo, educar a los hijos, etc., para que lo haga como adventista del séptimo día. En la vida

real pasan cerca de dos años hasta que nuestros hijos aprenden a conducirse solitos y a defenderse por sí mismos. Lo mismo acontece con los que nacen en el reino de Dios. Para eso se necesita mucho amor, tacto y paciencia con los que se acaban de convertir.

Los ancianos y los diáconos

El anciano es el pastor escogido por la congregación para que la pastoree. Cuando Jesucristo le preguntó tres veces a Pedro si lo amaba, por tres veces también le recomendó que pastoreara el rebaño, incluidos los corderos. De acuerdo con el tema que estamos desarrollando, los corderos son los más nuevos de la congregación. Atenderlos debe ser nuestra prioridad.

En Hechos 20:17 al 38 se registra el último encuentro de Pablo con los ancianos de Éfeso. En esa oportunidad el apóstol les recomendó el cuidado de la iglesia, ya que no volvería a verlos.

Por lo tanto, desde el punto de vista bíblico, el responsable de pastorear la congregación local es el pastor que ella misma escoge, es decir, el anciano. Es evidente que el pastor nombrado por la Asociación o la Misión es responsable de todo el distrito, y debe entrenar a los pastores locales para ayudarles a ministrar las necesidades del rebaño. El anciano de la iglesia tiene que cuidar de una manera muy especial a los recién bautizados y tomar las medidas necesarias para que la iglesia se organice de tal forma que la gente no se sienta sola. Que se puedan relacionar con la mayor cantidad posible de miembros, y de esa manera encontrar amigos que reemplacen a los que quedaron atrás.

¿Qué medidas prácticas puede aplicar el anciano para cumplir su papel de guardián de los bebés espirituales? A continuación van algunas sugerencias:

1. Prestar atención especial a los recién bautizados y a las visitas. En los días de culto los saludará con entusiasmo, sinceridad, simpatía y amor cristiano, y demostrará verdadero interés en su bienestar.

2. Elaborar un plan de visitas sistemáticas a los recién convertidos. Al principio una visita semanal; después, una cada dos semanas; a continuación una cada mes, hasta que estén firmes y especialmente que hayan entablado amistades entre los hermanos. Si el nuevo creyente falta a los cultos se lo debe visitar inmediatamente. Es posible que esté enfrentando problemas.

3. Coordinar todas las actividades de la iglesia de manera que haya espacio para la integración de los nuevos miembros. Eso incluye las actividades sociales, la obra misionera, el servicio comunitario, el hogar y familia, etc.

4. Acercar a los nuevos miembros a los más antiguos. Algunos hermanos se pueden sentir olvidados si ven que a los nuevos se les presta mucha atención. El anciano debe equilibrar este procedimiento, y tratar de que los más antiguos comprendan también su responsabilidad por el cuidado de los más nuevos.

Los diáconos y las diaconisas también son una gran bendición en la atención de las necesidades de los creyentes. Para eso se los eligió en los días de los apóstoles (Hech. 6:1-7). Sin duda constituyen una forma magnífica de “cerrar la puerta trasera” de la iglesia, para impedir el éxodo de miembros. Hay algunas tareas definidas que pueden realizar, como ser:

1. Darle la bienvenida a los que llegan. Esa tarea, llevada a cabo con una sonrisa y un saludo cariñoso, le gana la confianza a la gente y le hace sentir que el amor de la iglesia está a su disposición.

2. Llevar a cabo un plan de atención de las necesidades de los

miembros. Después del bautismo, el nuevo creyente debe recibir la visita de los diáconos y las diaconisas. Al principio, una visita semanal, mediante la cual se conocen las necesidades y se pueden hacer planes para satisfacerlas.

3. Integrar a los nuevos conversos. Se los puede invitar a que acompañen durante las visitas, especialmente a los ancianos, los enfermos, las viudas, etc., lo que despertará en el recién bautizado el deseo de servir también a esos hermanos. La terapia ocupacional es el remedio que Dios nos dejó para curar el desánimo. El altruismo es una virtud divina que todos debemos desarrollar.

4. Hay que enseñarles a atender las necesidades físicas de la iglesia. Siempre hay alguna mejora que se puede hacer en el aspecto físico del templo, que los miembros pueden efectuar. Participar de esas actividades es una bendición para los nuevos conversos. El amor y el cariño desarrollados por la participación en la manutención de la casa de Dios genera un apego a la iglesia; crea el sentimiento de que “aquí puse lo mejor de mí mismo para mi buen Dios. Aquí está mi esfuerzo, mi buena voluntad. Aquí está mi casa. Me quedaré aquí”.

Sentirse útil es un factor que contribuye a la felicidad de cualquiera. Los diáconos y las diaconisas les brindan felicidad a los nuevos miembros cuando los integran en las diversas actividades en favor de los demás miembros de la iglesia. ♦

Todo comenzó cuando se convocó a un concilio a los delegados de los mundos que nunca cayeron, para reunirse con el Señor Dios del Universo. Es posible que hayan dispuesto de un informe para referirse a cómo iban las cosas en sus respectivos territorios. Uno de los que se encontraban allí era Lucifer.

Una vez hechas las presentaciones, el Señor se dirigió al rebelde y le preguntó: “¿De dónde vienes?” Y él respondió: “De rodear la tierra y andar por ella” (Job 1:7). Inmediatamente pidió permiso para mostrar a la augusta asamblea los progresos logrados en el planeta. Armó una pantalla y un proyector de diapositivas. Silencio completo mientras él enumeraba sus victorias: visita a la Luna; aparatos electrónicos para tomar fotografías de Marte, Júpiter, Mercurio, etc.; planes para la construcción de una estación espacial; comunicación vía satélite; progresos en el área de la informática, Internet, telefonía celular, entre otros hechos. En el área de la salud se realizaron transplantes e implantes de órganos. En genética, la clonación y la inseminación artificial, perspectivas para aumentar los años de vida de la gente, hasta que nadie más volviera al polvo.

Tampoco se olvidó del turismo cultural: basta asistir al desfile de las escuelas de samba en la plaza de la Apoteosis en Río de Janeiro, en el “frevo” de Recife, y en la “pagoda” de Salvador.

Dijo que también había planes para visitar otros mundos, para la instalación de filiales con tecnología de punta. El Fondo Monetario Internacional, el City Bank y los bancos centrales de todos los países ofrecerían líneas de crédito para todo.

A esta altura imaginemos que se desconectó el sistema de sonido, y que se produjo un pesado silencio. El Señor se dirigió otra vez a Lucifer y le preguntó: “¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?” (v. 8). El silencio se rompió con vivas al Señor y a su siervo Job. Lucifer tardó en recuperarse; no esperaba esa reacción. Una vez repuesto contraatacó preguntando con insolencia: “¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene?” (vers. 9, 10).

Satanás es por definición un chantajista, embustero, aprovechador y mentiroso. “Job es tu protegido —afirmó, dirigiéndose a Dios—. Lo cercaste con muchos bienes; se ha convertido en el mayor exportador de granos del Oriente, sus rebaños llegan a miles y miles de animales, exporta vientres para la reproducción del ganado, mucha gente trabaja para él. Es el hombre más rico del Oriente”, y añadió: “Extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia” (vers. 11).

A Satanás se le permitió actuar, y en muy poco tiempo Job quedó destituido de todo, y de todos los suyos. Una gran expectativa llenó el Universo. Pero en lugar de blasfemar, Job alabó a Dios: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (vers. 21). Cuando terminó ese breve discurso, el Universo y el Cielo irrumpieron en aplausos, aleluyas y vivas al Señor y a su siervo Job. El concepto en que se tenía al patriarca creció muchísimo. Cabizbajo y desconsolado, Lucifer escuchó las aclamaciones con que se vitoreaba al hombre del Oriente.

Insatisfecho, esbozó otro ataque: “Extiende ahora tu mano —le dijo al Señor—, y toca sus huesos y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia” (Job 2:5).

Job se estaba levantando otra vez. De alguna manera se estaba recuperando de las pérdidas: sembraba, adquiría animales. Pronto estaría en buena situación otra vez, rico y lleno de todo. Pero el Señor aceptó el nuevo desafío y otra vez permitió que actuara el chantajista y estafador.

Entonces, sentado en el polvo y envuelto en ceniza, Job se rascaba y trataba de eliminar las costras de sus heridas fétidas y purulentas. El Universo guardó silencio, expectante. El patriarca levantó la cabeza y exclamó con serenidad, mientras su misma esposa lo recriminaba: “Hablas como una resentida; hemos recibido el bien de Dios, ¿no recibiremos también el mal?” Y añadió: “Yo sé que mi Redentor vive”; “aunque me mate, en él esperaré”.

El Universo tembló y se estremeció, ovacionó, aplaudió y alabó, para bendecir el Señor y a su siervo. Job nunca fue tan grande como cuando se lo despojó de todo, inclusive de su salud. Él no sabía que su vida estaba

pasando por un proceso de evaluación, y que estaba reivindicando el carácter, el gobierno y la ley del Señor. Estaba induciendo a los habitantes de los mundos no caídos a afirmar su fe en el Dios amoroso y justo, el Señor del Universo.

La victoria final

Ahora, casi al final de la última batalla, el Señor está formando un grupo de salvados en todo el mundo. Un grupo selecto (una “élite”) de fieles que no se puede comprar y que tampoco están en venta, en cuya boca no hay engaño. Un grupo que lava y blanquea sus vestiduras en la sangre del Cordero, y que guarda los mandamientos de Dios. No ama al mundo, ni permite que se quede sin aceite la lámpara que lo mantiene despierto. Busca en primer lugar el reino de Dios y su justicia, resplandece en medio de las tinieblas que cubren la tierra y de la oscuridad que envuelve a los pueblos. Es luz en medio de una generación corrompida y perversa. No adora ni a la bestia ni a su imagen ni recibe su marca. Es un grupo formado por todos los señalados y sellados por el Espíritu. No se trata de un grupo selecto —una “élite”— constituido por fieles dispersos a lo largo de la Historia.

Dentro de poco estará completo el número de los súbditos del reino. Y la Tierra se estremecerá. Se oirá un fuerte clamor de trompetas, mientras nuestro planeta sea invadido por extraterrestres. No vendrán ni de Marte ni de Júpiter. Son ángeles del Señor vestidos de majestad y gloria. Al frente de ellos estará Cristo, el que venció el pecado, sus consecuencias y a su autor. Los impíos deponen las armas, mientras reconocen que Jesús es el que ellos insultaron, azotaron, rechazaron y menospreciaron.

Después la voz del Salvador resonará poderosa; los santos resucitarán glorificados y ascenderán al Cielo. La salvación de Dios nos habrá alcanzado, y también al Universo. Es maravillosamente consolador saber que, a semejanza de Job, estamos suscitando las ovaciones y los aplausos ofrecidos al Señor de los mundos, por el estilo de vida de fe, esperanza, paciencia, integridad y fidelidad, que proclama la justicia y el amor como señales del carácter de Dios, su gobierno y su ley. ♦

La “elite” de los fieles

José Cândido.Bessa Filho

José Cândido Bessa Filho es secretario ministerial y evangelista jubilado. Reside en Brasilia, Distrito Federal, Brasil.

La guerra cósmica se prolonga ya por muchos milenios. Se encuentra en su etapa final; y por eso mismo el enemigo despliega toda su ira, de manera que la batalla se vuelve más cruel, violenta y destructiva. La ira satánica se desata con tanta impiedad, que ya no se encuentran adjetivos suficientes para describir la carnicería diaria que llena toda la tierra. Está usando todos los medios para popularizar la envidia y todo vicio degradante.

Esta guerra comenzó en el cielo. Un ser que no pertenece a nuestra galaxia ni a nuestro sistema planetario es responsable del estilo de vida que se ha implantado aquí. Creado perfecto en todos sus caminos, permitió que el mal se desarrollara en su corazón. Ciertos sentimientos ocultos surgieron con tanta intensidad, que lo indujeron a promover una revolución.

En su rebelión, Satanás atacó el carácter, el gobierno y la ley del Señor. Decía que el gobierno de Dios es tiránico, dictatorial e intransigente. Decía también que la ley ya no satisface los reales anhelos y las necesidades de las criaturas del Universo.

Nota del traductor.

* La palabra francesa “élite”, que se pronuncia “elit”, significa “selecto”, “seleccionado”.

Caída y salvación

Lamentablemente hubo un planeta que no pudo resistir la astucia, el engaño y las mentiras osadamente presentadas, y cayó presa de los ardides satánicos. Ese hecho provocó en los demás seres un vestigio de duda acerca de la veracidad de las insinuaciones del ángel rebelde. El peligro merodeaba por doquier. Entonces surgió una pregunta trascendental: ¿Cómo se podría salvar no sólo el planeta dominado sino todo el Universo, y restaurar la credibilidad en el carácter, el gobierno y la ley de Dios?

Como el Señor es omnisciente, ya había elaborado un plan especial, que se pondría en práctica si un día, en algún lugar del Universo, uno de los seres creados promoviera una rebelión, poniendo así en peligro la seguridad y la supervivencia de todas las criaturas. Ese proyecto tenía como fin, entre otros, manifestar toda la grandeza y el carácter amoroso de Dios, su amor y su justicia, características de su gobierno y de su ley.

Era necesario darle tiempo al tiempo. El mal se instaló al principio en este mundo con toda su maligna crueldad. El amoroso y eterno plan de Dios puesto en ejecución desde los tiempos antiguos, desde los días de la eternidad, tuvo su momento cumbre cuando en el Calvario se erigió una cruz. Entonces se alcanzaron por lo menos dos propósitos: primero, poner la salvación y el perdón al alcance de todos los seres humanos. Segundo, salvar al Universo al eliminar de la mente de los otros mundos todo resquicio de duda con respecto al carácter, el gobierno y la ley de Dios.

La validez del plan la demostrarían los que, habiendo sido antes esclavos del pecado, al aceptar el plan empezarían a vivir un

nuevo estilo de vida, compatible con las enseñanzas divinas. Toda vida transformada y restaurada sería un poderoso testimonio ante el Universo entero de que Dios siempre es amor. Todo lo que hace es por amor. En todo lo que requiere nos revela amor.

Desafío y respuesta

Dios tenía algo más que comunicar al Universo por medio de las vidas transformadas. Demostraría hasta dónde podrían crecer en fidelidad y santidad los que fueran salvos por su amor. Se formó entonces un grupo selecto de fieles, una “élite”, que comenzó con Abel, el justo; continuó con José, que fue vendido como esclavo; siguió con Moisés, el varón más manso; avanzó con tres jóvenes que apagaron el fuego de la vanidad de Nabucodonosor, y se afianzó con Daniel, que no le temió a la furia de los leones hambrientos. También hubo —y siempre habrá— representantes del ministerio de la mujer: Sara, Jocabed, Ana, Débora, Ester, María y otras.

Por medio de uno de esos fieles logró Dios cierta vez un gran triunfo y pudo contrarrestar las acusaciones de Satanás. En su Palabra el Señor describe a un hombre próspero, cuya vida fue un éxito en el más amplio sentido del término. “Era un hombre que tanto el Cielo como la Tierra se deleitaban en honrar” (*La educación*, pág. 142).

Este personaje era Job.

“Desde las profundidades del desaliento, Job se elevó a las alturas de la confianza incommovible en la misericordia y en el poder salvador de Dios”. Después de todo, “la esperanza y el valor son esenciales para dar a Dios un servicio perfecto... El abatimiento es pecaminoso e irracional” (*Profetas y reyes*, pág. 120).